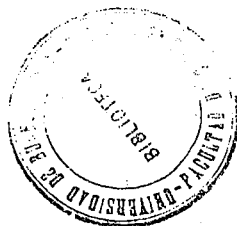


Capítulo 1

LA REINVENCIÓN DE LA POLÍTICA: HACIA UNA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN REFLEXIVA

Ulrich Beck



Introducción: ¿qué significa modernización reflexiva?

Parece razonable predecir que el año 1989 pasará a la historia como la fecha simbólica del final de una época. Hoy somos muy conscientes de que 1989 fue el año en el que el mundo comunista, de forma bastante inesperada, se vino abajo. ¿Pero es esto lo que se recordará dentro de cincuenta años? ¿O se interpretará el colapso de las naciones estado comunistas de Europa oriental y central de forma similar al asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo? A pesar de su aparente estabilidad y su autocomplacencia, ya está claro que Occidente no ha dejado de verse afectado por el colapso del Este. «Las instituciones fracasado víctimas de su propio éxito», sostuvo Montaigne. Una afirmación enigmática pero excepcionalmente actual. Occidente se enfrenta a cuestiones que desafían las premisas fundamentales de su propio sistema social y político. La cuestión clave a la

Este texto plantea de forma muy resumida el argumento de mi libro *Die Erfindung des Politischen*, Frankfurt: Suhrkamp, 1993. Estoy en deuda con Elisabeth Beck-Gernsheim, Wolfgang Bonss, Christoph Lau, Ronald Hitzler, Elmar Koenen, Maarten Hajer y Michaela Pfadenhauer por discutir y rediscutir los temas de este ensayo.

que nos enfrentamos es si la simbiosis histórica entre capitalismo y democracia que ha caracterizado a Occidente puede generalizarse en una escala global sin agotar sus fundamentos físicos, culturales y sociales. ¿No debemos considerar el retorno del nacionalismo y el racismo en Europa precisamente como reacción a los procesos de unificación global? ¿Y no deberíamos, después del final de la guerra fría y el redescubrimiento de las amargas realidades de la guerra «convencional», llegar a la conclusión de que tenemos que repensar, es más, reinventar nuestra civilización industrial, ahora que el antiguo sistema de sociedad industrializada está quebrando en el curso de su propio éxito? ¿Están esperando ver la luz nuevos contratos sociales?

«Modernización reflexiva» significa la posibilidad de una (auto)destrucción creativa de toda una época: la de la sociedad industrial¹. El «sujeto» de esta destrucción creativa no es la revolución, ni la crisis, sino la victoria de la modernización occidental.

La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, es decir, las relaciones de producción, y por tanto todas las relaciones sociales. Mantener inalterado el antiguo modo de producción, por contraste, fue la condición básica de la existencia de todas las clases industriales previas. La revolución constante de la producción, la disrupción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, la perenne incertidumbre y agitación distinguen la época burguesa de todos los tiempos anteriores. Todas las relaciones fijas, cuasicongeladas, con su cortejo de ideas y concepciones venerables, son barridas, todo lo nuevo se hace obsoleto antes de que pueda osificarse. Todo lo que es sólido se deshace en aire, todo lo sagrado es profanado, y las personas se ven finalmente forzadas a encarar, sin falsas ilusiones, las condiciones reales de sus vidas y sus relaciones con sus semejantes².

¹ La noción de «modernización reflexiva» es utilizada por A. Giddens en sus libros *The Consequences of Modernity*, Cambridge: Polity, 1990, y *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, 1991, y por S. Lash en «Reflexive modernization: the aesthetic dimension», *Theory, Culture and Society*, vol. 10, n° 1, 1993, pp. 1-24. Yo la he utilizado en mi libro *Risk Society: Towards a New Modernity*, Londres: Sage, 1992; en el contexto de las crisis ecológicas, en mi libro *Gegengifte: Die organisierte Unverantwortlichkeit*, Frankfurt: Suhrkamp, 1988, versión inglesa: *Ecological Politics in the Age of Risk*, Cambridge: Polity, 1994; en el contexto de los roles sexuales, familiares y amorosos, en U. Beck y E. Beck-Gernsheim: *Das ganz normale Chaos der Liebe*, Frankfurt: Suhrkamp, 1990, versión inglesa: *The Normal Chaos of Love*, Cambridge: Polity, 1994. Vid. también W. Zapf (ed.), *Die Modernisierung moderner Gesellschaften*, Frankfurt: Campus, 1991.

² K. Marx y F. Engels, «Communist Manifesto», *Werke*, vol. V, Berlín: Volktausgabe 1972, p. 465. Cfr. también M. Berman, *All that is Solid Melts into Air*, Nueva York: Verso, 1982.

Si modernización simple (u ortodoxa) significa, en el fondo, en primer lugar la desvinculación y en segundo lugar la revinculación de las formas sociales tradicionales por las formas sociales industriales, entonces modernización reflexiva significa primero la desvinculación y luego la revinculación de las formas sociales industriales por otro tipo de modernidad.

Así, en virtud de su dinamismo inherente, la sociedad moderna está minando sus formaciones de clases, estratos, ocupaciones, roles de género, familia nuclear, fábricas, sectores empresariales y, por supuesto, también los prerequisites y formas continuadas de progreso tecnoeconómico natural. Esta nueva etapa, en la que el progreso puede convertirse en autodestrucción; en la que un tipo de modernización socava y transforma otro, es lo que yo denomino fase de modernización reflexiva.

La idea de que el dinamismo de la sociedad industrial socava sus propios fundamentos recuerda la idea de Karl Marx de que el capitalismo es su propio enterrador, pero significa algo bastante diferente. En primer lugar, no son las crisis, sino, repito, las victorias del capitalismo las que producen la nueva forma social. Esto significa, en segundo lugar, que no es la lucha de clases, sino más bien la modernización normal y la modernización que va más allá de esta lo que está disolviendo los perfiles de la sociedad industrial. La constelación que se está produciendo como resultado de este proceso tampoco tiene nada en común con las utopías, por ahora fracasadas, de la sociedad socialista. Lo que se afirma es que el dinamismo industrial de alta velocidad se está deslizándose hacia una nueva sociedad sin la explosión primigenia de una revolución, dejando a un lado los debates políticos y las decisiones de parlamentos y gobiernos.

Por tanto, se supone que modernización reflexiva significa que un cambio de la sociedad industrial que se produce de forma subrepticia y no planeada, a remolque de la modernización normal, de modo automatizado, y dentro de un orden político y económico intacto implica lo siguiente: una radicalización de la modernidad que quiebra las premisas y contornos de la sociedad industrial y que abre vías a una modernidad distinta.

Lo que se afirma es exactamente lo que se consideraba descartable en el antagonismo unánime de las dos autoridades principales de la modernización simple, los marxistas y los funcionalistas, es decir: una sociedad nueva sustituirá a la antigua sin que exista una revolución. El tabú que rompemos de este modo es la equiparación tácita de

latencia e inmanencia en el cambio social. La idea de que la transición de una época social a otra puede tener lugar de forma no pretendida y apolítica, dejando a un lado todos los foros de decisión política, las líneas de conflicto y las controversias de partido, contradice la auto-comprensión democrática de esta sociedad de igual modo que las convicciones fundamentales de su sociología.

En la concepción convencional, son sobre todo colapsos y amargas experiencias lo que señala las grandes conmociones sociales. Pero esto no tiene por qué ocurrir. La nueva sociedad no siempre nace con dolor. No es la creciente pobreza, sino la creciente riqueza y la pérdida de su rival oriental lo que produce un cambio axial en los tipos de problemas, el ámbito de relevancia y la cualidad de lo político. No son solo los indicadores del colapso, sino también los indicadores de un vigoroso crecimiento económico, una rápida tecnificación y una elevada seguridad laboral los que pueden desencadenar la tormenta en la que la sociedad industrial navegará o será arrastrada hacia una nueva época.

La mayor participación de las mujeres en el trabajo fuera del hogar, por ejemplo, es bienvenida y favorecida por todos los partidos políticos, al menos verbalmente, pero también esa participación laboral produce una conmoción en el ritmo de caracol de la tradicional situación ocupacional, política y privada. Muchos defienden y potencian la flexibilización temporal y contractual del trabajo asalariado, pero esta quiebra los antiguos límites entre el trabajo y el no trabajo. Precisamente *porque* estas pequeñas medidas con grandes efectos acumulativos no llegan con fanfarrias, votaciones parlamentarias contróvertidas, antagonistas políticos programáticos o bajo la bandera del cambio revolucionario, la modernización reflexiva de la sociedad industrial avanza, metafóricamente hablando, con pasos de gato, pasando inadvertida a los sociólogos, que, de forma acrítica, siguen recopilando datos encuadrables en las viejas categorías. La insignificancia, familiaridad y muchas veces deseabilidad de los cambios ocultan sus potencialidades de transformación social. Más de lo mismo, cree la gente, no puede producir nada cualitativamente nuevo.

Lo deseado + lo familiar = la nueva modernidad. Esta fórmula parece paradójica y sospechosa.

La modernización reflexiva, como modernización a gran escala, flexible y transformadora de las estructuras, merece más que una curiosidad filantrópica como tipo de «criatura nueva». También políticamente esta modernización de la modernización es un fenómeno de

primera importancia que requiere la máxima atención. Por un lado, implica profundas inseguridades, difícilmente delimitables, en una sociedad entera, con luchas de facciones en todos los niveles igualmente difíciles de delimitar. Al mismo tiempo, la modernización reflexiva abarca un único dinamismo de desarrollo, que por sí mismo, aunque en contextos diferentes, puede tener consecuencias opuestas. En varios grupos culturales y en continentes diversos va acompañada de nacionalismos, pobreza masiva, fundamentalismo religioso de facciones y fes diversas, crisis económicas, crisis ecológicas, posiblemente guerras y revoluciones, sin olvidar los estados de emergencia provocados por grandes accidentes catastróficos; es decir, el dinamismo conflictivo de la sociedad del riesgo en el sentido más estricto.

La modernización sociológica puede, por supuesto, distinguirse analíticamente de las categorías convencionales de cambio social —crisis, transformación social y revoluciones—, pero también puede coincidir con estas conceptualizaciones tradicionales, favoreciéndolas, solapándose con ellas e intensificándolas. Por tanto, tendríamos que plantearnos:

En primer lugar, ¿qué tipos de crisis sociales resultan de la modernización reflexiva, y bajo qué condiciones?

En segundo lugar, ¿qué desafíos políticos están vinculados a los desafíos reflexivos, y qué respuestas a ellos son concebibles en principio?

En tercer lugar, ¿cuál es el significado y la implicación de las superposiciones de la modernización reflexiva con desarrollos antagonistas: la prosperidad y la seguridad social, la crisis y el desempleo masivo, el nacionalismo, la pobreza mundial, las guerras o los nuevos movimientos migratorios? ¿Cómo pueden descodificarse las modernizaciones reflexivas en constelaciones contradictorias en una comparación internacional e intercultural?

¿Contiene la modernidad, cuando se aplica a sí misma, una clave para su autocontrol o autolimitación? ¿O es que ese enfoque únicamente desata una turbulencia más en un torbellino de acontecimientos sobre los que ya no hay control alguno?

Autocrítica de la sociedad del riesgo

Cualquiera que conciba la modernización como un proceso de innovación autonomizado debe contar con que incluso la sociedad in-

industrial devendrá obsoleta. La otra cara de la obsolescencia de la sociedad industrial es la aparición de la sociedad del riesgo. Este concepto designa una fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial. En este contexto pueden distinguirse dos fases: en primer lugar, un estadio en el que los efectos y autoamenazas son producidos de forma sistemática, pero no se convierten en temas de debate público o en el centro de conflictos políticos. Aquí, el autoconcepto de la sociedad industrial sigue siendo predominante, multiplicando y «legitimando» las amenazas producidas por la toma de decisiones como «riesgos residuales» («sociedad del riesgo residual»).

En segundo lugar, surge una situación completamente distinta cuando los peligros de la sociedad industrial comienzan a dominar los debates y conflictos públicos, políticos y privados. Aquí, las instituciones de la sociedad industrial se convierten en los productores y legitimadores de amenazas que no pueden controlar. Lo que ocurre es que ciertas características de la sociedad industrial se hacen social y políticamente problemáticas. Por una parte, la sociedad sigue tomando decisiones y emprendiendo actuaciones según las pautas de la antigua sociedad industrial, pero, por otra, los debates y conflictos que se derivan del dinamismo de la sociedad del riesgo se ciernen sobre las organizaciones de intereses, el sistema judicial y la política.

Reflexión y reflexividad

Teniendo en cuenta estas dos fases, es preciso introducir una diferenciación en el concepto de «modernización reflexiva» para evitar un error básico de interpretación. Este concepto no implica (como el adjetivo «reflexivo» podría sugerir) *reflexión* sino (en primer lugar) *autoconfrontación*. La transición desde el período industrial de la modernidad al período de riesgo ocurre de forma no deseada, no percibida y compulsiva, como consecuencia del dinamismo autonomizado de la modernización, siguiendo la pauta de los efectos colaterales latentes. Prácticamente puede decirse que las constelaciones de la sociedad del riesgo se producen debido a que las certezas de la sociedad industrial (el consenso para el progreso o la abstracción de los efectos y peligros ecológicos) dominan el pensamiento y las acciones de personas e instituciones en la sociedad industrial. La sociedad del

riesgo no es una opción que se pueda elegir o rechazar en el curso de disputas políticas. Surge como continuación de procesos de modernización autonomizados que son ciegos y sordos a sus propios efectos y amenazas. De forma acumulativa y latente, estos procesos producen amenazas que cuestionan y, finalmente, destruyen los fundamentos de la sociedad industrial.

Este tipo de confrontación de las bases de la modernización con sus propias consecuencias debería distinguirse claramente del incremento de conocimiento y cientificación en el sentido de autorreflexión sobre la modernización. Llamaremos a la transición autónoma, no deseada y no percibida desde la sociedad industrial a la sociedad del riesgo *reflexividad* (para diferenciarla de y contrastarla con la *reflexión*). Por lo tanto, «modernización reflexiva» significa autoconfrontación con aquellos efectos de la sociedad del riesgo que no pueden ser tratados y asimilados dentro del sistema de la sociedad industrial, en tanto que medidos por los estándares institucionalizados de esta última³. El hecho de que esta misma constelación pueda posteriormente, en una segunda fase, convertirse a su vez en objeto de reflexión (pública, política y científica) no debe velar el mecanismo no reflexionado, casi autónomo de la transición: es precisamente la abstracción lo que produce la sociedad del riesgo y le confiere realidad.

Con el surgimiento de la sociedad del riesgo, los conflictos sobre la distribución de los «males» se superponen a los conflictos sobre la distribución de los «bienes» (renta, trabajo, seguridad social) que constituyeron el conflicto básico de la sociedad industrial y se intentaron solucionar en las instituciones relevantes. Esos conflictos sobre la distribución de males pueden interpretarse como conflictos sobre la responsabilidad distributiva. Surgen en torno a la distribución, prevención, control y legitimación de los riesgos que acompañan a la producción de bienes (megatecnología nuclear y química, investigación genética, amenazas ambientales, supermilitarización y creciente depauperación fuera de la sociedad industrial occidental).

En el contexto de la teoría social y el diagnóstico cultural, el concepto de sociedad del riesgo designa una fase de la modernidad en la que las amenazas que ha ido produciendo el desarrollo de la sociedad industrial empiezan a predominar. Esto plantea el problema de la autolimitación de ese desarrollo, así como la tarea de redefinir los están-

³ Cfr. *Ecological Politics in the Age of Risk*, capítulo IV.

dares (de responsabilidad, seguridad, control, limitación de daños y distribución de las consecuencias del daño) establecidos hasta el momento atendiendo a las amenazas potenciales. El problema aquí, no obstante, es que tales amenazas no solo esquivan la percepción sensorial y exceden nuestra capacidad de imaginación: es que tampoco pueden ser determinadas científicamente. La definición de peligro siempre es un constructo *cognitivo y social*. Por consiguiente, las sociedades modernas se ven confrontadas a las bases y límites de su propio modelo precisamente en la medida en que no cambian, no reflexionan sobre sus efectos y prosiguen una política de «más de lo mismo». El concepto de sociedad del riesgo plantea la transformación de época y sistema en tres áreas de referencia:

En primer lugar tenemos la relación de la sociedad industrial moderna con los recursos de la naturaleza y la cultura, sobre cuya existencia se construye dicha sociedad, pero que están siendo dilapidados como consecuencia de una modernización plenamente establecida. Esto se aplica a la naturaleza no humana y a la cultura humana en general, así como a formas culturales específicas de vida (por ejemplo, la familia nuclear y los roles de género) y recursos laborales sociales (por ejemplo, el trabajo doméstico, que convencionalmente no ha sido reconocido en absoluto como trabajo, si bien era la primera condición de posibilidad del trabajo asalariado del marido)⁴.

En segundo lugar está la relación de la sociedad con las amenazas y problemas producidos por ella, que a su vez exceden los fundamentos de las ideas sociales de seguridad. Por esta razón, tales amenazas y problemas pueden conmovir los supuestos fundamentales del orden social convencional tan pronto como la gente toma conciencia de ellos. Esto se aplica a los componentes de la sociedad, tales como la economía privada, el derecho o la ciencia, pero se convierte en un problema especial en el ámbito de la acción y toma de decisiones en la política.

En tercer lugar, las fuentes de significado colectivas y específicas de grupo (como, por ejemplo, la conciencia de clase o la fe en el progreso) de la cultura de la sociedad industrial están sufriendo de agotamiento, quiebra y desencantamiento. Estas han constituido el soporte de las democracias y sociedades económicas occidentales hasta bien entrado el siglo XX, y su pérdida hace recaer sobre los individuos todo el esfuerzo de definición; esto es lo que significa el concepto de

⁴ Desarrollo este tema en la Parte Segunda de mi *Risk Society*.

«proceso de individualización». La diferencia, para Georg Simmel, Emile Durkheim y Max Weber, que configuraron teóricamente este proceso y lo ilustraron en sus diversas etapas a comienzos del siglo XX, estriba en el hecho de que hoy las personas no se «liberan» de certezas feudales y religioso-trascendentales para establecerse en el mundo de la sociedad industrial, sino que se «liberan» de la sociedad industrial para instalarse en las turbulencias de la sociedad global del riesgo. Se espera de los individuos que vivan con una amplia variedad de riesgos globales y personales diferentes y mutuamente contradictorios.

Al mismo tiempo, al menos en los estados industriales altamente desarrollados de Occidente, esta liberación tiene lugar bajo las condiciones generales del estado de bienestar, es decir, en un contexto de extensión de la educación, fuertes demandas de movilidad en el mercado laboral y una juridificación de las relaciones laborales muy avanzadas. Tales condiciones convierten al individuo como individuo —o, más exactamente, solo como individuo— en el sujeto de derechos (y obligaciones). Las oportunidades, amenazas, ambivalencias biográficas que anteriormente era posible superar en un grupo familiar, en la comunidad de aldea o recurriendo a la clase o grupo social tienen progresivamente que ser percibidas, interpretadas y manejadas por los propios individuos. Sin duda, todavía hay familias, pero la familia nuclear se ha convertido en una institución cada vez más rara. Existen desigualdades crecientes, pero las desigualdades de clase y la conciencia de clase han perdido su posición central en la sociedad. E incluso el yo ha dejado de ser el yo inequívoco, fragmentándose en discursos contradictorios del yo. Ahora se espera de los individuos que sean capaces de dominar esas «oportunidades arriesgadas»⁵ sin que puedan, debido a la complejidad de la sociedad moderna, tomar las decisiones necesarias sobre una base bien fundada y responsable, es decir, considerando las posibles consecuencias.

El retorno de la incertidumbre

En este contexto deberíamos reconsiderar la esencia de la «crisis ecológica» actual. La metamorfosis de los efectos colaterales no percibi-

⁵ U. Beck y E. Beck-Gernsheim (eds.), *Riskante Freiheiten: zur Individualisierung von Lebensformen in der Moderne*, Frankfurt: Suhrkamp, 1994.

dos de la producción industrial en focos de crisis económicas globales ya no se presenta como problema del mundo que nos rodea —uno de los denominados «problemas medioambientales»—, sino como profunda crisis institucional de la propia sociedad industrial. Mientras estos desarrollos se perciban en relación al horizonte conceptual de la sociedad industrial, como efectos negativos de una acción aparentemente responsable y calculable, sus efectos destructores para el sistema pasan inadvertidos. Sus consecuencias sistemáticas se presentan únicamente dentro de los conceptos y de la perspectiva de la sociedad del riesgo, y solo entonces nos hacen conscientes de la necesidad de una nueva auto-determinación reflexiva. En la sociedad del riesgo, el reconocimiento de la impredecibilidad de las amenazas provocadas por el desarrollo tecnoindustrial hace precisa la autorreflexión sobre los fundamentos de la cohesión social y el examen de las convenciones y fundamentos dominantes de la «racionalidad». En el autoconcepto de la sociedad del riesgo, la sociedad deviene reflexiva (en el sentido estricto de la palabra), es decir, se convierte en un tema y en un problema para sí misma.

El núcleo de estas irritaciones es lo que podría caracterizarse como «el retorno de la incertidumbre a la sociedad». El «retorno de la incertidumbre a la sociedad» significa aquí, en primer lugar, que cada vez más conflictos sociales dejan de ser tratados como problemas de orden y son tratados como problemas de riesgo. Tales problemas de riesgo se caracterizan por no tener soluciones inequívocas: antes bien, se distinguen por una ambivalencia fundamental, que puede expresarse usualmente por cálculos de probabilidad, pero no eliminarse de ese modo. Su ambivalencia fundamental es lo que distingue a los problemas de riesgo de los problemas de orden, que, por definición, se orientan hacia la claridad y decibilidad. En vista de la creciente falta de claridad —y este es un desarrollo que se intensifica— la fe en la factibilidad técnica de la sociedad desaparece casi necesariamente⁶.

La categoría de riesgo representa un tipo de pensamiento y acción social que no fue percibida en absoluto por Max Weber. Es postradicional, y en cierto sentido postracional, al menos en el sentido de que ya no es instrumentalmente racional (*post-zweckerational*). Y, sin embargo, los riesgos surgen precisamente a partir del triunfo del orden instrumentalmente racional. Solo después de la normalización, sea de un desarrollo industrial que excede los límites de las posibilidades de aseguramiento,

⁶ W. Bonss, «Ungewissheit als soziologisches Problem», *Mittelweg*, vol. 36, n.º 1, 1993, pp. 20 y s.

sea la de la forma de riesgo perceptivo y de investigación, se hace reconocible esto y se observa hasta qué punto los problemas de riesgo cancelan y ponen fin desde dentro afuera y por sus propios medios a los problemas de orden. Los riesgos exhiben las matemáticas y presumen de ellas. Nunca son sino probabilidades, y nada más; son, sin embargo, probabilidades que no excluyen nada. Es posible desestimar hoy las críticas hablando de un riesgo que tiende a cero solo para lamentar mañana, una vez que la catástrofe ha ocurrido, la estupidez de una opinión pública que malinterpreta las aserciones probabilísticas. Los riesgos son infinitamente reproducibles, puesto que se multiplican junto con las decisiones y los puntos de vista con los que uno puede y debe evaluar las decisiones en la sociedad pluralista. Por ejemplo, ¿cómo tienen que interrelacionarse, compararse y jerarquizarse los riesgos de empresas, puestos de trabajo, salud y medio ambiente (que a su vez se descomponen en globales y locales, o principales y secundarios)?

En cuestiones de riesgo, nadie es un experto, o todos somos expertos, puesto que los expertos dan por supuesto lo que se supone que tienen que hacer posible y producir: la aceptación cultural. Los alemanes creen que el mundo se acaba con sus bosques, y los británicos se estremecen porque los huevos de su desayuno son tóxicos; en ese punto y de ese modo empieza la conversión ecológica.

Lo decisivo, sin embargo, es que el horizonte se desvanece a medida que los riesgos crecen, pues los riesgos nos dicen qué es lo que no debe hacerse, pero no qué debe hacerse. En el contexto del riesgo, domina el imperativo de abstenerse. Quien describa el mundo como riesgo, en último término devendrá incapaz de actuar. Lo relevante aquí es que la expansión e intensificación de la intención de control acaba produciendo su opuesto.

Esto significa, sin embargo, que los riesgos no solo presuponen decisiones, sino que en definitiva también liberan decisiones, individualmente pero también en un sentido fundamental. Las cuestiones de riesgo no pueden convertirse en cuestiones de orden, puesto que estas últimas quedan ahogadas por el pluralismo inmanente de las cuestiones de riesgo, y se metamorfosean subrepticamente tras las fachadas de la estadística en cuestiones morales, cuestiones de poder y decisionismo puro. Expresándolo de otro modo, también significa que las cuestiones de riesgo precisan, o, más prudentemente, demandan el «reconocimiento de la ambivalencia» (Zygmunt Bauman)⁷.

⁷ Z. Bauman, *Modernity and Ambivalence*, Cambridge: Polity, 1991.

En su recensión de *Risk Society*⁸, Bauman criticaba el «optimismo» —algunos dirían la ilusión—, que es también una de las bases de mi diagnóstico. La crítica se basa, tal como puedo afirmar desde mi perspectiva, en el extendido malentendido de que las cuestiones de riesgos son cuestiones de orden, o que al menos pueden tratarse como tales. Eso es lo que son, pero es también exactamente lo que no son. Por el contrario, son la forma en que la lógica de control y orden instrumentalmente racional se reduce en virtud de su propio dinamismo *ad absurdum* (entendido en el sentido de «reflexividad», es decir, no previsto y no deseado, no necesariamente en el sentido de «reflexión», como hemos expuesto más arriba). Esto implica que aquí empieza a producirse una ruptura, un conflicto en el seno de la modernidad respecto a los fundamentos de la racionalidad y el autoconcepto de la sociedad industrial, y que esto ocurrirá en el mismo centro de la propia modernización industrial (y no en zonas marginales o en aquellas áreas que se solapan con los mundos de la vida privados).

La sociedad industrial, el orden civil y, en particular, el estado de bienestar y el estado de aseguramiento⁹ están sujetos a la exigencia de hacer las situaciones de vida humana controlables por la racionalidad instrumental, disponibles e (individual y legalmente) explicables. Por otro lado, en la sociedad del riesgo lo imprevisible y los efectos derivados de esta demanda de control conducen, a su vez, a lo que se había considerado superado: al ámbito de la incertidumbre, de la ambivalencia, en una palabra, de la alienación. No obstante, esta es también la base de una autocrítica pluralista de la sociedad¹⁰.

Puede mostrarse que no solo las formas y medidas organizativas, sino también los principios y categorías éticos y legales, como la responsabilidad o la culpa (por ejemplo, el principio de que pague quien contamina), así como los procedimientos políticos de decisión (como el principio de mayoría) no son adecuados para comprender o legitimar este retorno de la incertidumbre e incontrolabilidad. De modo análogo, es cierto que las categorías y métodos de la ciencia social fracasan frente a la vastedad y ambivalencia de los hechos que deben abordar y abarcar.

⁸ Recensión de Z. Bauman, «The solution as problem», *Times Higher Education Supplement*, 13 de noviembre de 1992, p. 25.

⁹ Cfr. François Ewald, *L'Etat Providence*, París: Grasset, 1986.

¹⁰ Sin embargo, el negrísimo pesimismo que dibuja Bauman se ha hecho anticuado, en el sentido de empíricamente falso.

Aquí no se trata únicamente de tomar decisiones; es vital restablecer las reglas y las bases de las decisiones, relaciones de validez y críticas de las consecuencias imprevisibles y carentes de responsable (conceptualizadas desde la pretensión de control). La reflexividad e incontrolabilidad del desarrollo social invaden las subregiones individuales, rompiendo jurisdicciones y fronteras regionales o nacionales, límites específicos de clase, políticos o científicos. En el caso extremo —frente a las consecuencias de una catástrofe nuclear— ya no hay no-participantes. A la inversa, esto también implica que cualquiera que esté bajo esa amenaza es requerido como parte participante y afectada, y puede aparecer igualmente como autorresponsable.

En otras palabras, la sociedad del riesgo es tendencialmente una sociedad autocrítica. Los expertos en seguros contradicen (involuntariamente) a los ingenieros de seguridad. Mientras que estos últimos diagnostican riesgo cero, los primeros certifican riesgo inasegurable. Los expertos son desautorizados o depuestos por expertos opuestos. Los políticos se enfrentan a la resistencia de grupos ciudadanos, y los gestores industriales se enfrentan a boicoteos moral y políticamente motivados organizados por los consumidores. Las administraciones son criticadas por los grupos de autoayuda. Y, finalmente, incluso los sectores contaminantes (por ejemplo, la industria química en el caso de la contaminación marítima) tienen que contar con la resistencia de los sectores afectados (en este caso, la industria pesquera y los sectores que viven del turismo costero). Los primeros pueden ser puestos en cuestión, controlados e incluso corregidos por estos últimos. En efecto, el problema del riesgo divide a familias y a grupos laborales, desde los trabajadores químicos cualificados hasta los gestores empresariales¹¹, muchas veces incluso a los propios individuos. Lo que quiere la cabeza y dice la boca no tiene por qué ser lo que (finalmente) hace la mano.

No estamos hablando aquí de esos múltiples antagonismos difusos, ambivalentes en su tendencia y efecto político global, que los du-

¹¹ W. Grant, W. Paterson y C. Whitston, *Government and the Chemical Industry*, Oxford: Clarendon: 1988; R. Bogun, M. Osterlund y G. Warsewa, «Arbeit und Umwelt im Risikobewusstsein von Industriearbeitern», *Soziale Welt*, vol. 2, 1992, pp. 237-45; H. Heine, «Das Verhältnis der Naturwissenschaftler und Ingenieure in der Grosschemie zur ökologischen Industriekritik», *Soziale Welt*, vol. 2, 1992, pp. 246-55; L. Pries, *Betrieblicher Wandel in der Risikogesellschaft*, Opladen: Westdeutscher Verlag, 1991; D. Nelkin (ed.), *Controversy: Politics of Technical Decisions*, Londres: Sage, 1992.

chos en la crítica de la crítica pueden desestimar y desestimarán por ser «superficiales» y no afectar a la «lógica» del desarrollo social. Antes bien, tras todo esto se pone de manifiesto un conflicto fundamental, un antagonismo que promete convertirse en característico de la época del riesgo. Este conflicto ya está socavando y vaciando las coordenadas políticas de la antigua sociedad industrial, es decir, los antagonismos ideológicos, culturales, económicos y políticos que se agrupan en torno a la dicotomía seguro/inseguro y que intentan distinguirse unos de otros. En un sentido político y existencial, ¿existirá oposición a la nueva incalculabilidad y desorden fabricados según las pautas del control racional instrumental, es decir, recurriendo a las antiguas ofertas de la sociedad industrial (más tecnología, mercado, gobierno, etc.)? ¿O se inicia aquí una nueva forma de actuar, que acepta y afirma la ambivalencia, con sus consecuencias de amplio alcance para todas las áreas de la acción social? En correspondencia con el eje teórico, uno podría denominar a la primera postura *linear* y a la segunda *reflexiva*. Además de las interpretaciones analítica y empírica de esta distinción, se están haciendo posibles y necesarias las interpretaciones «político-empíricas» y «filosófico-normativas» de estos términos gemelos, si bien tales interpretaciones exceden los objetivos del presente ensayo.

Esta constelación social, política y teórico-metateórica se origina y se intensifica con la modernización reflexiva. Solo en la redefinición del presente revientan los diques del antiguo orden y se manifiestan abiertamente las ambivalencias irreductibles, el nuevo desorden de la civilización del riesgo. Por tanto, hay cada vez menos formas sociales (pautas de roles) que produzcan órdenes vinculantes y ficciones de seguridad relevantes para la acción. Esta crisis de las ficciones de seguridad de la sociedad industrial implica que se abren oportunidades y compulsiones para la acción, entre las que es preciso decidir permanentemente sin poder demandar soluciones definitivas, una exigencia que, a través del vivir y actuar en la incertidumbre, se convierte en una especie de vivencia básica. Interrogantes como quiénes serán capaces de hacer y aprender esto, cómo y por qué, o por qué no, se convierten a su vez en cuestiones biográficas y políticas claves de la época actual.

Hay muchos que afirman que el colapso del socialismo realmente existente ha privado de base a cualquier tipo de crítica social. Lo cierto es lo contrario: el contexto para la crítica, incluso para la crítica radical, nunca ha sido tan favorable. La petrificación de la crítica, que fue una de las consecuencias del predominio de la teoría marxista en-

tre la *intelligentsia* crítica durante más de un siglo, ha desaparecido. El padre todopoderoso ha muerto. De hecho, la crítica puede tomar ahora nuevo aliento, así como abrir y aguzar su mirada.

Muchos candidatos a la posición de sujeto han entrado y salido de la escena de la historia mundial e intelectual: la clase obrera, la *intelligentsia* crítica, la esfera pública, movimientos sociales de las más variadas tendencias y composición, las mujeres, las subculturas, la juventud y los expertos alternativos. No hay ningún sujeto claramente definible. En virtud de su dinámica independiente y de sus éxitos, la sociedad industrial se está deslizando a la tierra de nadie de las amenazas no asegurables. La incertidumbre retorna y prolifera por doquier. La crítica no marxista de la modernización, pequeña y concreta, pero grande y fundamental al tiempo, se está convirtiendo en un fenómeno cotidiano dentro y entre los sistemas y organizaciones (no solo en los márgenes y en las zonas de solapamiento entre los mundos de la vida privados). Se están originando líneas de conflicto respecto al qué y al cómo del progreso, líneas que están adquiriendo la capacidad de organizarse y constituir coaliciones¹².

Subpolítica: el retorno de los individuos a la sociedad

«Individualización»¹³ no significa muchas de las cosas que mucha gente cree que significa... para poder pensar que no significa nada en

¹² En este contexto, W. Zapf escribió: «Desde un punto de vista crítico, me gustaría decir que la posición de Ulrich Beck es tan fascinante porque se mantiene fiel tanto al programa de la modernidad como a una crítica fundamental de la sociedad actual, incluyendo la mayoría de la sociología actual. Beck desea una nueva modernidad, una modernidad más perspicaz, más consciente y más reflexiva; en suma, una teoría reflexiva. Es capaz de suscitar la adhesión de los partidarios de la Teoría Crítica de los años treinta y sesenta, a los que se aplica la máxima de Adorno: la totalidad es lo falso. También puede asombrar a los marxistas desilusionados, cuyos sueños de socialismo se han desintegrado, pero a los que ahora se les muestra que las democracias de libre mercado también tienen que hacer por sus propias contradicciones. La teoría es una variante modernizada de la doctrina del capitalismo tardío, en la que la crisis ecológica asume el papel que anteriormente desempeñaba la crisis de legitimidad del capitalismo tardío. Es otra teoría de la tercera vía entre el socialismo y el capitalismo («Entwicklung und Zukunft moderner Gesellschaften», en H. Korte y B. Schäfers (eds.), *Einführung in die Hauptbegriffe der Soziologie*, Opladen: Büdlich, 1992, pp. 204 y s.

¹³ En las ciencias sociales, la opinión pública y la política alemanas se ha discutido la «individualización» durante los años 1980 y 1990. Vid. documentación en Beck y Beck-Gernsheim, *Riskante Freizeiten*.

absoluto. No significa atomización, aislamiento, soledad, desconexión o el final de todo tipo de sociedad. También se escucha frecuentemente la refutable afirmación de que significa la emancipación o el resurgimiento del individuo burgués después de su desaparición. Pero si todos estos son cómodos malentendidos, ¿cuál podría ser el consenso sobre el significado del término?

«Individualización» significa, en primer lugar, el proceso de desvinculación [*disembedding*] y, en segundo lugar, el proceso de revinculación a nuevas formas de vida de la sociedad industrial en sustitución de las antiguas, en las que los individuos deben producir, representar y combinar por sí mismos sus propias biografías. De ahí el nombre «individualización». La desvinculación y revinculación (por utilizar los términos de Giddens) no ocurren por casualidad, ni voluntariamente, ni a través de diversos tipos de condiciones históricas, sino de una vez y en las condiciones generales del estado de bienestar en la sociedad industrial avanzada, tal como ha evolucionado a partir de los años sesenta en numerosos países occidentales.

La individualización como forma social

En la imagen de la sociedad industrial clásica se consideraba que las formas de vida colectiva se asemejaban a las muñecas rusas que se alojan unas dentro de otras. La clase presupone la familia nuclear, que a su vez presupone los roles de género, lo que a su vez presupone la división del trabajo entre hombres y mujeres, lo que a su vez presupone el matrimonio. Las clases se concebían también como la suma de las situaciones de las familias nucleares, que se parecían unas a otras y que se diferenciaban de otras «situaciones familiares» típicas de clase (las de la clase superior, por ejemplo).

Incluso la definición empírico-operacional del concepto de clase utiliza la renta familiar, es decir, la renta del «cabeza de familia», una palabra inclusiva, pero que claramente ostenta características masculinas en la práctica. Esto significa que la participación laboral de la mujer o bien no se «registra» en absoluto en el análisis de clase o se «oculta en los promedios»¹⁴. Dicho en términos opuestos: si se toma como base la renta masculina o la femenina, será preciso reflejar la

imagen de una estructura social escindida que nunca podrá recomponerse en una imagen unitaria. Estos no son más que algunos ejemplos de cómo las categorías de las situaciones vitales y el estilo de vida de la sociedad industrial, en cierto modo, se presuponen unas a otras. Y, ciertamente, están siendo sistemáticamente sometidas a procesos de desvinculación y revinculación; ese es el significado de la teoría de la individualización.

Estas categorías no están siendo reemplazadas por un vacío (ese es precisamente el objetivo de la mayoría de las refutaciones de la teoría de la individualización), sino por una nueva forma de conducir y organizar la vida, ya no obligatoria y «vinculado» (Giddens) a modelos tradicionales, sino basada en el estado de bienestar. Este último, sin embargo, presupone al individuo como actor, diseñador, malabarista y director de escena de su propia biografía, identidad, redes sociales, compromisos y convicciones. Expresándolo llanamente, «individualización» significa la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y de la compulsión de encontrar y buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas. Pero también significa nuevas interdependencias, incluso interdependencias globales. La individualización y la globalización son, de hecho, dos caras del mismo proceso de modernización reflexiva¹⁵.

Expresándolo de otro modo: las lamentaciones, ahora en boga, por la individualización —la invocación de los «sentimientos del nosotros», la disociación respecto a los extranjeros, la tendencia a minar la familia y los sentimientos de solidaridad, convertidos en una teoría moderna, el comunitarismo—, todo esto se ha propagado en un contexto de individualización establecida. En su mayor parte, se trata de reacciones a aspectos de la individualización que se experimentan como intolerables, una individualización que adopta características anómalas.

Repitémoslo una vez más: la individualización no está basada en la libre decisión de los individuos. Por utilizar la expresión de Sartre, la gente está condenada a la individualización. La individualización es una compulsión, pero una compulsión a fabricar, autodiseñar y autoescenificar no solo la propia biografía, sino también sus compromisos y redes de relaciones a medida que cambian las preferencias y fases de

¹⁴ A. Heath y N. Britten, «Women's jobs do make a difference», *Sociology*, vol. 18, n.º 2, 1990, y la discusión subsiguiente.

¹⁵ Giddens, *The Consequences of Modernity*, pp. 63 y ss.; I. Wallerstein, *The Modern World System*, Nueva York: Academic, 1974; T. Roszak, *Person/Planet: the Creative Disintegration of Industrial Society*, Londres: Gollancz, 1979.

la vida; compulsión que, por supuesto, se cumple bajo las condiciones y modelos generales del estado de bienestar, tales como el sistema educativo (adquisición de titulaciones), el mercado laboral, el derecho laboral y social, el mercado inmobiliario, etc. Incluso las tradiciones de matrimonio y familia se están haciendo dependientes de la toma de decisiones, y con todas sus contradicciones deben ser experimentadas como riesgos personales.

«*Individualización*», por tanto, significa que la biografía estándar se convierte en una biografía de elección, una «biografía hágalo-usted-mismo» (Ronald Hitzler), o, en expresión de Giddens, una «biografía reflexiva»¹⁶. Cualquier cosa que un hombre o una mujer haya sido o sea, cualquier cosa que piense o haga, constituye la individualidad del individuo. Esto no tiene necesariamente nada que ver con coraje civil o personalidad, sino con opciones divergentes y con la compulsión de presentar y producir estos «hijos bastardos» de nuestras propias decisiones y las decisiones de otros como una «unidad».

Ahora bien, ¿cómo puede captarse con más exactitud la conexión entre individualización y estado del bienestar, entre la individualización y el mercado laboral protegido? Un ejemplo puede clarificar esto, la biografía laboral: se da por descontada para los hombres, pero es controvertida para las mujeres. Sin embargo, la mitad de las mujeres (como mínimo) trabaja fuera de su hogar en todos los países industriales, e incluso cada vez son más las madres que trabajan. La investigación documenta que para la próxima generación de mujeres la carrera laboral y la maternidad son partes de sus planes de vida que se dan por supuestas. Si continúa extendiéndose el modelo de familias en las que trabajan el hombre y la mujer, será preciso desarrollar conjuntamente y mantener unidas, en forma de familia nuclear, dos biografías individuales (educación, trabajo, carrera).

Anteriormente, predominaban como imperativos roles matrimoniales basados en el *status*: la indisolubilidad del matrimonio, los deberes de la maternidad, etc. Estos restringían el ámbito de acción, indudablemente, pero también obligaban a los individuos a mantenerse unidos. Por contraste, hoy no hay modelos únicos, sino una variedad de ellos, especialmente negativos: modelos que exigen a las mujeres construir y mantener carreras educativas y profesionales propias en

tanto que mujeres, pues de no hacerlo así se enfrentan a la ruina en caso de divorcio y se mantienen en dependencia del dinero de sus maridos en el matrimonio, con el resto de las dependencias, reales y simbólicas, que esto conlleva. Estos modelos no sueldan a la gente entre sí, sino que quiebran la situación de unión y multiplican los interrogantes. Fuerzan a todo hombre y mujer, tanto dentro como fuera del matrimonio, a funcionar y persistir como agentes individuales y diseñadores de su propia biografía.

Los derechos sociales son derechos individuales. No pueden demandarlos las familias, solo los individuos o, más exactamente, los individuos trabajadores (o desempleados pero dispuestos a trabajar). La participación en la protección y beneficios materiales del estado de bienestar presupone una participación laboral en la inmensa mayoría de los casos. Esto se ve confirmado por el debate sobre las excepciones, que, entre otras cosas, se refieren al trabajo doméstico o a las pensiones para las amas de casa viudas. La participación en el trabajo presupone a su vez la participación en la educación, y ambas presuponen la movilidad y la disposición a ser móvil. Todos estos requisitos no dan ningún tipo de orden, pero piden amablemente al individuo que se constituya a sí mismo como individuo, que planee, entienda, diseñe y actúe, o que sufra las consecuencias; consecuencias que, en caso de fracaso, serán responsabilidad de uno mismo.

Nos encontramos una vez más ante el mismo cuadro: decisiones, posiblemente decisiones indecibles, ciertamente decisiones no libres, sino impuestas por otros y arrancadas a uno mismo, bajo modelos que conducen a dilemas. Estas decisiones también sitúan al individuo en tanto que individuo en el centro de las cosas, y desincentivan las formas tradicionales de vida e interacción. Quizá en contra de su voluntad, el estado de bienestar es un experimento para condicionar formas de vida centradas en el ego. Uno puede inocular el bien común en el corazón de la gente como una vacuna compulsiva. Esta letanía de la comunidad perdida no deja de ser bifronte y moralmente ambivalente en tanto que queden intactos los mecanismos de individualización, y nadie los pone seriamente en tela de juicio; nadie desea hacerlo, ni puede hacerlo.

La política y la subpolítica

Este tipo de individualización no se reduce a lo privado, sino que se extiende a la política en un sentido nuevo y definitivo: los in-

¹⁶ Giddens, *Modernity and Self Identity*; vid. también S. Lash y J. Friedman (eds.), *Modernity & Identity*, Oxford: Blackwell, 1992; S. Lash, *Sociology of Postmodernism*, Londres: Routledge, 1990.

dividuos individualizados, los dedicados al *bricolage* de sí mismos y de su mundo, ya no son aquellos que «desempeñan un rol» en la sociedad industrial simple clásica, tal como postulaba el funcionalismo. Los individuos son contruidos mediante una compleja interacción discursiva mucho más abierta de lo que postularía el modelo funcionalista de roles. Por el contrario, lo cierto es que los programas y fundamentos de las instituciones se están haciendo irreales, y por tanto dependientes de los individuos. Las centrales nucleares que pueden destruir o contaminar durante un milenio son evaluadas como *riesgos* y «legitimadas» por comparación con el hecho de fumar cigarrillos, que es estadísticamente más arriesgado. Las instituciones empiezan a buscar la pérdida conciencia de clase de «los de arriba» y «los de abajo», puesto que los sindicatos, los partidos políticos y otras organizaciones han construido sus programas, su afiliación y su poder sobre ella. El pluralismo postfamiliar de las familias en disolución se vierte en las antiguas botellas conceptuales, se tapa y se almacena en reserva. En resumen, está surgiendo un mundo doble, en el que ninguna de sus partes puede describirse totalmente en términos de la otra: un mundo caótico de conflictos, juegos de poder, instrumentos y ámbitos que pertenecen a dos épocas distintas, una a la modernidad «inequívoca» y otra a la modernidad «ambivalente». Por una parte, se extiende la vacuidad política de las instituciones, y, por otra, un renacimiento no-institucional de lo político. El sujeto individual regresa a las instituciones de la sociedad.

A primera vista, prácticamente todo parece desmentir esto. Las cuestiones discutidas en los ámbitos políticos —o, uno sentiría la tentación de decir, cuyos antagonismos se simulan en esos ámbitos— difícilmente ofrecen materia inflamable para sacar chispas de lo político. Y, por consiguiente, cada vez es menos posible derivar continuamente decisiones de la superestructura corporativista y de partido. Y, de forma inversa, las organizaciones de los partidos, los sindicatos y demás grupos de presión utilizan las masas de problemas libremente disponibles para componer forzosamente los prerrequisitos programáticos para la continuidad de su existencia. Interna y externamente, parece que lo político pierde tanto su cualidad polarizadora como su cualidad creativa, utópica.

Este diagnóstico descansa, en mi opinión, en un error categorial, la equiparación de política y estado, de lo político con el sistema político; la corrección de ese error no priva al diagnóstico de sus elemen-

tos de verdad, aunque sí invierte sus términos¹⁷. La gente espera encontrar la política en las áreas prescritas para ella, y confía en que sea desarrollada por los agentes debidamente autorizados: parlamentos, partidos políticos, sindicatos, etc. Desde ese punto de vista, donde se detienen los relojes de la política se detiene lo político en su conjunto. Semejante perspectiva pasa por alto dos cosas.

En primer lugar, la inmovilidad de los aparatos gubernamentales y sus agentes subsidiarios es perfectamente conjugable con la movilidad de los agentes en todos los niveles posibles de la sociedad, es decir, la extinción de la política puede acompañar la activación de la subpolítica. Cualquiera que contemple la política desde arriba y espere resultados está pasando por alto la autoorganización de lo político, que, potencialmente al menos, puede poner en marcha «subpolíticamente» numerosos campos de la sociedad, incluso todos sus campos.

En segundo lugar, el monopolio político de las instituciones y los agentes políticos, que estos últimos demandan de la constelación política de la sociedad industrial clásica, se incorpora a los puntos de vista y a los juicios, lo que supone ignorar el hecho de que el sistema político y la constelación históricamente política pueden tener la misma relación mutua que las realidades de dos épocas diferentes. Por ejemplo, el aumento de los servicios del estado de bienestar y el incremento de los riesgos se condicionan recíprocamente. En la medida en que se toma conciencia (pública) de esto, los defensores de la seguridad dejan de pertenecer al mismo bando que los planificadores y los productores de la riqueza económica. La coalición de tecnología y economía se vuelve inestable, porque la tecnología puede incrementar la productividad, pero al mismo tiempo pone en peligro la legitimidad. El orden judicial deja de salvaguardar la paz social, porque sanciona y legitima las desventajas al tiempo que las amenazas, etc.

En otras palabras, lo político irrumpe y se manifiesta más allá de las responsabilidades y jerarquías formales. Esto lo malinterpretan sobre todo aquellos que identifican inequívocamente política y estado, el sistema político, las responsabilidades formales y las carreras políticas con dedicación plena. Estamos introduciendo aquí, por una razón muy sencilla, un «concepto expresionista de la política» (Jürgen Habermas) ambivalente, de múltiples niveles, que nos permita si-

¹⁷ B. Jessop, *State Theory*, Cambridge: Polity, 1990.

tuar la forma social y lo político como variables interrelacionadas: porque abre el pensamiento a la posibilidad con la que nos enfrentamos hoy cada vez en mayor medida: la constelación política de la sociedad industrial se está haciendo apolítica, mientras que aquello que en el industrialismo era apolítico está deviniendo político. Esta es una transformación categorial de lo político que no transforma las instituciones y que deja intactas élites de poder que no han sido sustituidas por otras nuevas¹⁸.

Por lo tanto, buscamos lo político en el lugar equivocado, en los ámbitos equivocados y en las páginas de prensa equivocadas. Aquellas áreas de toma de decisiones que habían quedado protegidas de lo político en el capitalismo industrial —el sector privado, la empresa, la ciencia, las ciudades, la vida cotidiana, etc.— están atrapadas en las tormentas de los conflictos políticos en la modernidad reflexiva. A este respecto, es importante tener en cuenta que lo lejos que llegue este proceso, qué signifique y adónde conduzca depende a su vez de decisiones políticas, que no pueden tomarse sin más, sino que deben formarse, dotarse de contenido programático y transformarse en posibilidades de acción. La política determina a la política, abriéndola y confiriéndole potencialidades. Estas posibilidades de política de la política, de (re)invención de la política después de su rechazo demostrado son las que debemos explorar e iluminar.

El fenómeno socialmente más asombroso y sorprendente —y quizá el menos entendido— de los años ochenta fue el inesperado renacimiento de una subjetividad política, fuera y dentro de las instituciones. En este sentido, no es una exageración afirmar que los grupos de iniciativas ciudadanas han adquirido poder político. Ellos fueron los que pusieron en la agenda el problema de un mundo amenazado frente a la resistencia de los partidos establecidos. En ningún sitio queda esto tan claro como en el fantasma de la nueva «moralidad hipócrita» que recorre Europa. La compulsión por comprometerse en la salvación ecológica y en la renovación del mundo se ha hecho ahora universal. Une a conservadores con socialistas y a la industria química con sus archicríticos ecologistas. Uno casi está por temer que las empresas químicas sigan al pie de la letra los anuncios a toda página que insertan en la prensa y se reinstituyan como asociaciones conservacionistas.

No cabe duda de que todo esto no es más que apariencia, oportu-

¹⁸ Cfr. mi *Risk Society*, parte tercera.

nismo programático, quizá de vez en cuando un replanteamiento auténtico. Las acciones y los puntos de origen de los hechos quedan en gran medida al margen. Sin embargo, no deja de ser cierto que los temas del futuro, que están ahora en boca de todos, no se han originado en la amplitud de visión de los gobernantes o en las luchas parlamentarias, y ciertamente no en las catedrales del poder en el mundo empresarial, en la ciencia y en el estado. Se han incluido en la agenda pese a la resistencia combinada de esta ignorancia institucionalizada por enmarañados grupos moralizadores y grupúsculos escindidos que luchaban unos con otros en torno al modo más adecuado de hacer las cosas; grupos divididos y asediados por las dudas. La subpolítica ha obtenido una victoria temática muy improbable.

Esto se aplica tanto a Occidente como a la parte oriental de Europa. Allí, los grupos de ciudadanos —opuestos a toda la *intelligentsia* de las ciencias sociales— que partían desde cero, faltos de toda organización, carentes de fotocopiadoras o teléfonos, en un sistema de conformidad vigilada, lograron, reuniéndose en una plaza, que el grupo gobernante se batiera en retirada y se colapsara. Esta rebelión de los individuos realmente existentes contra un «sistema» que supuestamente los dominaba a todos incluso en las minucias de la existencia cotidiana es inexplicable e inconcebible mediante las categorías y teorías dominantes. Pero no fue solo la economía planificada la que quedó en bancarrota. La teoría de sistemas, que concibe la sociedad como independiente del sujeto, también ha sido enteramente refutada. En una sociedad sin consenso, falta de un núcleo legitimador, es evidente que incluso el más leve soplo de viento que provoca el grito que clama por la libertad puede echar abajo todo el castillo de naipes del poder.

Las diferencias entre los vigorosos ciudadanos orientales y occidentales son obvias y se han discutido muchas veces, aunque no ha ocurrido lo mismo con su terreno común, bastante considerable: ambos se orientan hacia los movimientos de base, son extraparlamentarios, no están vinculados a clases ni partidos, son organizativa y programáticamente difusos y conflictivos. Lo mismo puede decirse de su carrera meteórica en ambos lados: criminalizados, combatidos, ridiculizados, pasan más tarde a formar parte de los programas de los partidos y declaraciones gubernamentales o incluso son la causa de la caída de un gobierno.

Uno, naturalmente, podría decir: *tempi passati*. Puede que para muchos sea difícil percibirlo, pero incluso los ultraderechistas que se

movilizan en las calles de Alemania desde el verano de 1992 en contra de los «extranjeros» (y de cualquiera que consideren como tal), así como el encubierto y enervante apoyo que encuentran en todos los escalones de la política, hasta en los más altos —la modificación del derecho constitucional de asilo fue apoyada por una mayoría parlamentaria de dos tercios en el Bundestag en mayo de 1993—, bien, incluso esa chusma utiliza y explota las oportunidades de la subpolítica. Lo que nos ofrece una amarga lección: la subpolítica siempre está a disposición del lado opuesto o del partido opuesto para sus objetivos opuestos.

Lo que aparentaba ser una «retirada apolítica a la vida privada», una «nueva intimidad» o la «cura de las heridas emocionales» en la antigua interpretación de la política puede representar, cuando es contemplado desde el otro punto de vista, la lucha por una nueva dimensión de lo político.

La impresión, todavía dominante, de que la conciencia y el consenso social se «evaporan» al «calor» de los procesos de individualización no es enteramente falsa, sin duda, pero tampoco totalmente acertada. Ignora las compulsiones y las posibilidades de fabricar compromisos y obligaciones sociales al margen de cuán tentativas sean; un ejemplo es la escenificación del nuevo consenso general en las cuestiones ecológicas. Estas pueden sustituir a las viejas categorías, pero no pueden ser expresadas y comprendidas en ellas.

Es útil distinguir entre diferentes contextos y formas de individualización. En algunos estados, particularmente en Suecia, Suiza, los Países Bajos y Alemania occidental, estamos ante una «individualización a todo riesgo». Es decir, los procesos de individualización se originan aquí en un ambiente de prosperidad y seguridad social (no para todos, pero sí para la mayoría). Por otro lado, las condiciones en la parte oriental de Alemania, y especialmente en los antiguos países comunistas y en el Tercer Mundo, conducen a un malestar de una dimensión harto diferente.

La cultura cotidiana individualizada de Occidente es simplemente una cultura a la que le son inherentes el conocimiento y la confianza en sí misma: más educación y de mayor nivel, así como mejores trabajos y oportunidades para ganar dinero, en la que la gente ya no obedece sin más. Los individuos todavía se comunican dentro de las antiguas formas e instituciones y les hacen el juego, pero también se retiran de ellas, al menos en parte de su existencia, su identidad, su compromiso y su valor. Su retirada, sin embargo, no es una retirada

sin más, sino al mismo tiempo una emigración a nuevos nichos de actividad e identidad. El hecho de que estas últimas parezcan tan poco claras e inconsistentes no se debe en último término a que la emigración interior muchas veces tiene lugar con reticencias, con un pie, por expresarlo así, todavía firmemente plantado en el antiguo orden.

La gente deja el «nido» de su «hogar político» paso a paso y cuestión por cuestión. Pero esto significa que, en un lugar, la gente está del lado de la revolución mientras que, en otro, está apoyando a la reacción; en un lugar se queda al margen, en otro se implica. Todo esto ya no encaja en el diseño de un orden sobre el que los cartógrafos especializados en el mapa político puedan basar sus análisis. Aquí también se aplica el «final de la claridad» (Bauman). Las formas de protesta, retirada y compromiso político se funden en una ambivalencia que desafía las antiguas categorías de claridad política.

La individualización de los conflictos e intereses políticos ya no significa por tanto indiferencia, ni «democracia de sondeos de opinión», ni cansancio de la política. Surge sin embargo un compromiso contradictorio y múltiple, que mezcla y combina los antiguos polos políticos de tal manera que si pensamos las cosas hasta su conclusión lógica, todos piensan y actúan a la vez derechista e izquierdistamente, radical y conservadoramente, democrática y antidemocráticamente, ecológica y antiecológicamente, política y apolíticamente. Todos son pesimistas, pasivistas, idealistas y activistas en aspectos parciales de su identidad. Esto solo significa, sin embargo, que las actuales claridades de la política —derecha e izquierda, conservador y socialista, retirada y participación— ya no son ni correctas ni eficaces.

En relación con este tipo de praxis, que es más fácil de comprender negativa que positivamente —no instrumental, no dominante, no ejecutiva, no determinada por roles, no instrumentalmente racional—, los únicos conceptos directos existentes son desvaídos y confusos, y resultan casi infamantes cuando utilizan palabras como «comunal» y «holístico». Todas las no-etiquetas únicamente pueden tener éxito para negar y no percibir la situación, pero no para salir de ella, de él. Por debajo y detrás de las fachadas del antiguo orden industrial, que en ocasiones todavía están rutilantes, tienen lugar cambios radicales y nuevas rupturas, no de forma completamente inconsciente, pero tampoco plenamente consciente. Estos cambios podrían compararse a un personaje colectivo ciego sin bastón ni perro, pero con olfato para saber lo que es personalmente correcto e importante y que como tal, si se generaliza, no puede totalmente falso. Esta no-revolución seme

jante a un ciempiés está en marcha. Se expresa en el ruido de fondo de las disputas en todos los niveles y en todas las cuestiones y grupos de discusión, en el hecho, por ejemplo, de que ya nada «se dé por sobreentendido»; todo ha de ser examinado, analizado, discutido y debatido hasta el hartazgo, hasta que finalmente, con la bendición de la insatisfacción general, toma ese «giro» particular que nadie desea, quizá solo porque de otro modo existe el riesgo de una parálisis general. Tales son los dolores del parto de una nueva sociedad de la acción, una sociedad autocreadora, que tiene que «inventarlo» todo, pero que no sabe cómo hacerlo; por qué, con quién sí y con quién de ninguna manera.

La ciencia política ha abierto y elaborado su concepto de lo político en tres aspectos. En primer lugar, investiga la constitución institucional de la comunidad política con la que la sociedad se organiza a sí misma (*polity*); en segundo lugar, los rasgos fundamentales de los programas políticos empleados para configurar las circunstancias sociales (*policy*); y, en tercer lugar, los procesos de conflictos políticos relativos al reparto de poder y las posiciones de poder (*politics*). Aquí, el individuo no se considera adecuado para la política, sino que los interrogantes se dirigen a agentes corporativos, es decir, colectivos.

La *subpolítica* [*sub-politics*] se distingue de la *politics*, en primer lugar, en que a los agentes *externos* al sistema político o corporativo se les permite aparecer en el escenario del diseño social (este grupo incluye grupos profesionales y ocupacionales, la *intelligentsia* técnica en fábricas, instituciones de investigación y cuadros de gestión, trabajadores cualificados, iniciativas ciudadanas, la opinión pública, etc.) y, en segundo lugar, en que no solo los agentes sociales y colectivos, sino también los individuos compiten con estos últimos y entre sí por el creciente poder configurador de lo político.

Si se traslada la distinción entre *polity*, *policy* y *politics* a la subpolítica (lo que equivale a la investigación de las prácticas de la modernidad cuya estructura cambia de múltiples formas) se plantean los siguientes interrogantes:

En primer lugar, ¿cómo se constituye y organiza institucionalmente la *sub-polity*? ¿Cuáles son sus fuentes de poder, sus posibilidades de resistencia y su potencial de acción estratégica? ¿Dónde están sus puntos débiles, cuáles son los límites de su influencia? ¿Cómo emerge, a consecuencia de la modernización reflexiva, el margen y el poder para configurar las situaciones?

En segundo lugar, ¿con qué objetivos, contenido y programas se

lleva a cabo la *sub-policy*, y en qué áreas de acción (ocupaciones, profesiones, fábricas, sindicatos, partidos, etc.)? ¿Cómo se objetiva, restringe, conduce e implementa la *sub-policy* en *no-policy*? ¿Qué estrategias —por ejemplo, «precauciones sanitarias», «seguridad social» o «necesidades técnicas»— se utilizan con este propósito, cómo y quién las utiliza?

En tercer lugar, ¿qué formas y foros organizativos de *sub-politics* están surgiendo y cómo pueden ser observados? ¿Qué posiciones de poder se abren, consolidan y desplazan en este contexto, y cómo? ¿Existen conflictos internos respecto a la política de una empresa o de un grupo (política laboral, tecnológica o de producción)? ¿Existen coaliciones informales o en vías de formalización a favor o en contra de ciertas opciones estratégicas? ¿Hay círculos de especialistas, ecologistas o feministas o grupos de trabajo en formación dentro de los grupos ocupacionales o de las relaciones de trabajo en las fábricas, y separándose de ellos? ¿Qué grado y cualidad organizativa manifiestan (contactos informales, grupos de discusión, ordenanzas, revistas especializadas, trabajo propagandístico, congresos o códigos éticos)?

La subpolítica, por lo tanto, significa configurar la sociedad *desde abajo*. Visto desde arriba, esto tiene como consecuencia la pérdida de capacidad implementativa, la retracción y minimización de la política. Como consecuencia de la subpoliticización, grupos que hasta ahora no estaban implicados en el proceso de tecnificación e industrialización (grupos ciudadanos, la opinión pública, los movimientos sociales, los grupos de expertos, los trabajadores en su lugar de trabajo) tienen cada vez más oportunidades de tener voz y participación en la organización de la sociedad; existen incluso oportunidades para que individuos valerosos puedan «mover montañas» en los centros neurálgicos del desarrollo. La politización, por tanto, implica una pérdida de importancia del enfoque basado en un poder central; significa que los procesos que hasta ahora siempre habían discurrido sin fricciones se extinguen frente a la resistencia de objetivos contradictorios.

Estas son las condiciones en las que los diversos grupos y niveles de decisión y participación movilizan los medios del estado constitucional unos contra otros. Esto no ocurre únicamente en la confrontación de instituciones y grupos ciudadanos, sino también en los conflictos de la política nacional y local, entre una administración con motivaciones ecologistas y los viejos cuadros gestores industriales, etc. Ninguna de las partes se impone, ni los opositores del poder ni el propio poder, convirtiéndose estos conceptos en algo tan relativo en

la realidad como deberían serlo en el pensamiento. Se produce una «parálisis relativa» general (y ni que decir tiene que los grupos de ciudadanos también se ven afectados), que es la otra cara de la activación su política. Pero la misma extinción de los procesos implementativos de la industrialización, que solían estar tan bien lubricados por el consenso (y que ahora produce perdedores en todos los niveles), puede retrasar el proceso, y puede ser la precursora de una autolimitación y autocontrol no regulados y anárquicos. Quizá *anything goes*, todo vale, significa *rien ne va plus*.

El «instrumento de poder» en la subpolítica es la «congestión» (en sentido literal y figurado) como forma modernizada de la huelga involuntaria. La frase que los automovilistas de Múnich pueden leer en un lugar típicamente congestionado, «no estás en un atasco, tú eres el atasco», clarifica este paralelismo entre huelga y congestión.

Vías a una nueva modernidad

Con el final de la guerra fría se ha presentado una situación paradójica. Lo que era completamente inesperado, aquello cuya imposibilidad se había demostrado —el renacimiento político de Europa—, no ha conducido a un renacimiento de las ideas de Europa, a un purgatorio y un paraíso del interrogante, sino a una parálisis generalizada. A veces positiva, a veces negativamente, un tipo de fatalismo contradice y corrobora otro. Así, a pesar de toda la inclinación europea al realismo, al escepticismo y al nihilismo, la gente ha malentendido y desechado la esencia misma de la vitalidad de Europa: su capacidad de renovarse mediante una autocrítica radical y una destrucción creativa. La Ilustración es la excepción en la que lo vencido gana a través de su derrota. El fatalismo optimista y el pesimista están de acuerdo en un punto: que sólo hay una forma de modernidad, la de la sociedad industrial, cuyas compulsiones ora producen esa benéfica mezcla de sociedad de consumo y democracia, ora aceleran la decadencia general; *tertium non datur*. *Tertium datur!* Son posibles muchas modernidades; esta es la réplica de la modernidad reflexiva, según la antigua fórmula de la Ilustración, que contaba con la modernización para superar la modernización. ¿Cómo puede conceptualizarse esto metodológica y teóricamente?

La sociología —o, expresémoslo con mayor precisión, la anticuada sociología de la modernización— debe convertirse un poco en

arte, tener algo de juego para liberarse de sus propios bloques intelectuales. Uno podría describir esto como química de las premisas; confróntense verdades pseudo-eternas, fróntense unas contra otras, agítense juntas hasta que el tubo de ensayo intelectual comienza a despedir chispas y humo, a oler y burbujear.

¿Cómo se transforma la imagen de la sociedad industrial «funcionalmente diferenciada» cuando se le aplica las premisas de la «diferenciación funcional»? ¿Por qué las variedades del funcionalismo sociológico siempre dibujan una imagen de la sociedad diferenciada en el sentido de una diferenciación definitiva, mientras que ulteriores diferenciaciones de la sociedad industrial que actúan en este momento posiblemente estén abriendo nuevas vías a nuevos tipos de modernidad?

¿Por qué ha de agotarse la modernización en la autonomización y culminar, precisamente, en la «autorreferencialidad», como sostiene Luhmann? ¿Y por qué no habrían de encontrarse nuevos terrenos fértiles al atender a lo opuesto, es decir, a la especialización en interrelaciones, a los entendimientos contextuales y a la comunicación entre fronteras? Quizá la premisa de la moderna teoría de sistemas, la autonomía, elevada al nivel de virtual autismo, es únicamente la tabla de multiplicar básica, en tanto que la aritmética decimal solo comienza cuando una autonomía se interrelaciona con otra, cuando aparecen instituciones de negociación, etc. ¿Comienza quizá la modernización reflexiva donde acaba la lógica de la diferenciación y disolución y se combina y enfrenta a una lógica de la mediación y la autolimitación?

¿No es un tanto aburrido —de acuerdo, esa no es una categoría científica; digamos entonces: un tanto insuficientemente complejo— interpretar siempre la desintegración del mundo antiguo en «códigos binarios»? ¿No es hora de romper este gran tabú de simplificación sociológica y, por ejemplo, investigar las síntesis de códigos, buscar dónde y cómo se están produciendo hoy esas síntesis? ¿Es de verdad descartable, por el mero hecho de que la tabla de multiplicar básica del funcionalismo lo considere descartable, la combinación de arte y ciencia, de tecnología y ecología, de economía y política, una combinación que tenga como resultado algo que no sea ni lo uno ni lo otro, una tercera entidad, todavía desconocida y aún por descubrir? ¿Por qué debe ser concebida y desarrollada la propia ciencia, que todo lo transforma, como si fuera ella misma intransformable? ¿O es quizá posible que el modo en que se considera y rechaza un cambio en el

marco de la ciencia hace perder de vista la posibilidad misma de automodificación y cambio que está al alcance de las ciencias y que a ellas concierne? Esta sería la *autodisolución del monopolio de la verdad* que se está haciendo posible y necesaria en y junto a las dudas metodológicas a las que la propia ciencia rinde tributo.

No cabe duda de que el fatalismo tiene aspectos positivos. Por ejemplo, evita el activismo de una modernización de la modernidad que podría abrir la caja de Pandora. Pero también actúa como una lobotomía para los sociólogos, que, en su conciencia de la autonomía de la modernidad, se prohíben a sí mismos plantear siquiera y discutir la cuestión de las modernidades alternativas de forma sistemática. La autoaplicación era la palabra mágica que se suponía capaz de relajar y superar estos antiguos bloqueos cognitivos. Al desarrollar este modo de pensar tenemos la intención de actuar metódicamente y dar un nombre al principio de la modernidad industrial que hay que aplicar a la propia sociedad industrial (en nuestro experimento mental). A continuación, examinaremos qué aspecto adoptará la modernidad si lo que es inevitable se realiza, es decir: que la modernización acabe incluso con la sociedad industrial¹⁹.

Todo aquel que estudie la «diferenciación funcional» de la sociedad «funcionalmente diferenciada» plantea tres problemas: en primer lugar, el problema de la (revolucionaria) diferenciación ulterior de la sociedad industrial. Tomando como base el concepto clave de autonomía funcional, se plantea, en segundo lugar, desde un punto de vista externo la pregunta por las instituciones intersistémicas de mediación y negociación; y en tercer lugar, desde un punto de vista interno, la cuestión de las condiciones que hacen posibles las «síntesis de códigos». Examinaremos brevemente estos indicadores tan distintos que apuntan a modernidades alternativas.

La diferenciación ulterior de la sociedad industrial

La puerta de la modernidad industrial fue violentamente abierta por la Revolución Francesa, que desvinculó la cuestión del poder de

¹⁹ Al mismo tiempo, esto mismo significa una «radicalización» de la modernidad. Esto no significa una aceleración de la aceleración, sino la reivindicación de los principios de la modernidad frente a su división por el industrialismo, su forma industrial. Para expresarlo políticamente: la autolimitación, la autocrítica y la autorreforma de la modernidad industrial en la aplicación coherente de la modernidad a sí misma.

sus adscripciones y proscripciones feudal-religiosas. Contrariamente a toda profesión de imposibilidad y a toda retórica conservadora, la *plebs* se hizo soberana, al menos en términos de exigencia y de proceso. Esto establece los estándares para la fundamentación política del poder, a los que incluso los dictadores han tenido que someterse, al menos verbalmente, hasta nuestros días.

La revolución industrial también condujo a la modernidad industrial. Otorgó a los propietarios del capital, la clase media empresarial, el derecho a la innovación permanente. El cambio, imparable e incontrolable, algo que parecía completamente inconcebible, incluso blasfemo, a períodos anteriores, ahora llega a darse por supuesto, una certeza que siempre merece ser cuestionada; se convierte en la ley de la modernidad, a la que todos deben someterse a riesgo de muerte política.

Recordar que «diferenciación sistémica funcional» es otra forma de decir «revolución» es urgentemente necesario. Solo entonces puede entenderse qué se quiere decir cuando se pregunta qué diferenciaciones sistémicas funcionales pueden llevarnos más allá de la sociedad industrial. Dos de ellas se están evidenciando hoy: el terremoto de la revolución feminista, por un lado, y la diferenciación sistémica de la naturaleza «en la era de su reproductibilidad técnica», por utilizar la expresión de Böhme²⁰. Puede postularse en el terreno de las posibilidades como una hipótesis que hace pensable lo impensable otra diferenciación funcional más: la tecnología que desea escapar al sino de su «mediocridad», a su yugo de la utilidad económica y militar y no ser más que tecnología pura.

La revolución de las mujeres, a diferencia de la explosión de la Revolución Francesa, es una revolución que avanza cautelosamente, una subrevolución que se mueve como un gato: sobre patas almohadadas pero con garras. Transforma el sensible basamento de la sociedad industrial, la esfera privada, allí donde lo toque, y alcanza desde él (¿y a la inversa?) las cumbres de la dominación y la certeza masculinas. La subrevolución de las mujeres, que secciona directamente el sistema nervioso del orden cotidiano de la sociedad, pese a retrocesos, puede dar un aspecto distinto a la sociedad, ciertamente. Uno no tiene más que aventurar este experimento mental: una sociedad en la que los hombres y las mujeres fueran realmente iguales (sea

²⁰ G. Böhme, *Natürliche Natur: über Natur im Zeitalter ihrer technischen Repräsentierbarkeit*, Frankfurt: Suhrkamp, 1992.

lo que sea lo que esto implique en detalle) sería, sin duda, una nueva modernidad. El hecho de que los muros que impiden esto estén levantados por la naturaleza, la antropología y las ideas de la felicidad familiar y maternal con la cooperación deliberada de las mujeres es otro cantar. Las conmociones que ha precipitado aquello que muchas mujeres no consideran más que el fracaso de la revolución feminista permanente pueden servir como medida de los cambios que nos depararía su triunfo. Como muestran los estudios de la ciencia social, la amplia variedad de fundamentalismos son reacciones patriarcales, intentos de reordenar las «leyes de la gravedad» masculinas.

Ya se está haciendo reconocible cómo la naturaleza, la gran constante de la época industrial, está perdiendo su carácter preordenado, se está convirtiendo en un producto, la «naturaleza interna» (en este sentido) configurable e inherente a la sociedad postindustrial. La abstracción de la naturaleza conduce a la sociedad industrial. La integración de la naturaleza en la sociedad conduce más allá de la sociedad industrial. La «naturaleza» se convierte en un proyecto social, una utopía que hay que reconstruir, configurar y transformar. Renaturalización significa *des*naturalización. Aquí la pretensión de la modernidad de configurar las cosas se ha perfeccionado bajo la bandera de la naturaleza. La naturaleza se convierte en política. En el caso extremo que ya puede observarse hoy, se convierte en el terreno en que se experimentan las soluciones de la ingeniería genética a los problemas sociales (medio ambiente, seguridad social y técnica, etc.). Esto significa, sin embargo, que sociedad y naturaleza se fusionan en una «naturaleza social», bien porque la naturaleza se socializa, bien porque la sociedad se naturaliza. Eso solo significa, no obstante, que ambos conceptos — naturaleza y sociedad — pierden y cambian su significado.

Determinar por anticipado qué direcciones se están tomando es algo solo al alcance de la profecía... y en cierta medida de la aplicación de los principios de la producción: los sistemas industriales que se convierten a la producción natural se transforman en sistemas naturales que hacen los cambios sociales permanentes. La «naturaleza» manufacturada (en el sentido no-simbólico, materializado de esta palabra), la «naturaleza decidida» posibilita de hecho la producción de materias y cuerpos. En este contexto, una política de creación produce un mundo de criaturas vivas que pueden ocultar el carácter manufacturado de lo que crea y representa.

El movimiento y el problema ecológico, que parecen apelar a la salvación de la naturaleza, aceleran y perfeccionan este proceso de

consumo. No en vano la palabra «ecología» es tan ambivalente que todo, desde los sentimientos de vuelta-a-la-naturaleza hasta el hiper-tecnologismo, puede encontrar un lugar y un orden en ella.

El abandono por la tecnología de sus contextos de utilidad militar y económica, su desintegración funcional y su establecimiento como subsistema autóctono (*vid. supra*) sería comparable a la abolición del orden feudal de origen divino dentro de la sociedad industrial. El gobierno irrestricto de la tecnología y los técnicos en la zona gris entre el derecho y la política se quebraría, y daría lugar a una segunda separación de poderes, ahora entre el desarrollo tecnológico y la aplicación de la tecnología. La afirmación y la negación de la tecnología, por una parte, y la aplicación de la tecnología, por otra, estarían funcionalmente separadas. Esto posibilitaría un constructivismo fantástico, la duda de sí y el pluralismo tecnológico, por un lado; por otro, nuevas instituciones de negociación y mediación, así como una codeterminación democrática, en la que las consideraciones económicas no serían las únicas a tener en cuenta. Esto sería posible solo si se pretendiera materializar ese proyecto, si la tecnología se declarara asunto de interés público, como ocurrió con la educación en el siglo XX, y se financiara públicamente. ¿Descartable? Es, en todo caso, concebible, lo que prueba, por tanto, que la organización de la tecnología, quintaesencia de la modernidad, es anticuada.

Del trato con la ambivalencia: el modelo de la «mesa redonda»

Quien no desee aceptar el «destino» de la producción de efectos colaterales y riesgos, y que por tanto desee tener en cuenta la pérdida de legitimación asociada al desarrollo tecno-industrial, debe considerar cómo la «nueva ambivalencia» puede hacerse aceptable y capaz de formar un consenso. La respuesta son las instituciones de mediación intersistémica. Estas existen de forma rudimentaria en los diversos modelos de «mesa redonda» o en las comisiones de investigación, de ética y de riesgo. Las teorías de la modernización simple conciben la modernización de forma autista, mientras que las teorías de la modernización reflexiva la conciben como interrelacional, específica, según el modelo de especialización contextual. Mientras la modernización simple concibe la diferenciación funcional *post hoc* y «naturalmente», la modernización reflexiva concibe la diferenciación funcional en el sentido de un «proceso de división» sustantivo, en el que las

fronteras entre los subsistemas pueden planificarse de forma distinta o en colaboración, es decir, cooperativamente. En otras palabras, ahora adquiere una importancia básica la cuestión de la formación de sistemas multivalentes, que permitan y posibiliten las ambivalencias y la transgresión de fronteras²¹.

En la sociedad del riesgo, las nuevas vías rápidas, las plantas de incineración de basuras, las plantas o centros de investigación químicos, biotecnológicos o nucleares se enfrentan a la resistencia de los grupos de población directamente afectados. Esto, y no la satisfacción por ese progreso (como en la industrialización temprana), es lo que es ahora predecible. Las administraciones de todos los niveles se ven enfrentadas al hecho de que lo que planifican como beneficio para todos es percibido por algunos como una maldición. Esto desorienta a las administraciones y a los expertos de las plantas industriales y los institutos de investigación. Están convencidos de que han elaborado esos planes «racionalmente», con lo mejor de su saber y capacidad, de acuerdo con el «bien público». Sin embargo, no tienen en cuenta que ha dado comienzo la ambivalencia²². Luchan contra la ambivalencia con los antiguos instrumentos de la no-ambigüedad.

Para empezar, los beneficios y las cargas de la producción de planes de infraestructura más o menos peligrosos y más o menos graves nunca puede distribuirse «equitativamente». Por consiguiente, fracasa el instrumento convencional de la consulta política, la opinión de los expertos. Ni siquiera la interacción entre opinión y contraopinión resuelve los conflictos, sino que únicamente endurece los frentes. Empiezan a surgir voces que claman por un «sindicato ecológico» en muchas fábricas que tratan con materiales o productos peligrosos. Es lo mismo en todas partes: lo que se demanda son formas y foros de cooperación productora de consenso entre la industria, la política, la ciencia y la población. Pero para lograrlas es preciso abolir el modelo de racionalidad instrumental no ambigua.

En primer lugar, es preciso abandonar la idea de que las administraciones y los expertos siempre saben exactamente, o al menos mejor, qué está bien y qué está mal para todos; la desmonopolización del conocimiento experto.

En segundo lugar, el círculo de grupos a los que se permite parti-

²¹ Sobre esto, *vid.* H. Willke, *Die Ironie des Staates*, Frankfurt: Suhrkamp, 1992.

²² Sobre lo que sigue, *vid.*, entre otros, M. Hoffmann-Riem y J. Schmidt-Assmann (eds.), *Konfliktbewältigung durch Verhandlung*, Baden-Baden: Aspekte, 1990.

cipar ya no puede cerrarse en virtud de consideraciones internas a los especialistas, sino que debe abrirse de acuerdo con los estándares sociales de relevancia: informalización de la jurisdicción.

En tercer lugar, todos los participantes tienen que ser conscientes de que las decisiones no han sido ya tomadas y que no queda más que «venderlas» o implementarlas externamente: apertura de la estructura decisoria.

En cuarto lugar, la negociación entre los expertos y los responsables de las decisiones a puerta cerrada debe trasladarse a y transformarse en un diálogo público entre la más amplia variedad de agentes, con el resultado de incontabilidad adicional: creación de una opinión pública parcial.

En quinto lugar, deben acordarse y sancionarse normas para este proceso: modos de discusión, protocolos, debates, evaluación de entrevistas, formas de voto y aprobación: autolegislación y autoobligación.

Las instituciones de negociación y mediación de este tipo deben experimentar con procedimientos y estructuras de decisión nuevos, con solapamientos de competencia e incompetencia y jurisdicciones múltiples. No pueden lograrse sin quiebra de los monopolios, sin delegar poder ni manteniendo las antiguas exigencias y modelos de la no-ambigüedad eficiente. Cualquiera, las autoridades y empresas implicadas, así como los sindicatos y los representantes políticos, deben estar dispuestos a saltar sobre su propia sombra, del mismo modo que, a la inversa, los opositores radicales deben estar dispuestos a y ser capaces de llegar a compromisos. Las probabilidades de lograr y ampliar esto serán tanto mayores cuando menos se mencione siquiera el antiguo orden, racionalmente instrumental, según el cual la tarea de los especialistas es «ilustrar» al público profano.

Los foros de negociación no son, ciertamente, máquinas de producción de consenso con una garantía de éxito. Tampoco pueden suprimir el conflicto ni los peligros incontrollados de la producción industrial. Sí pueden, sin embargo, alentar la prevención y la precaución y trabajar en favor de una simetría de sacrificios inevitables. Y pueden practicar e integrar las ambivalencias, así como hacer público quién gana y quién pierde, mejorando de este modo los prerequisites de la acción política.

En la civilización del riesgo, la vida cotidiana está cegada culturalmente²³; los sentidos proclaman que todo es normal donde, posible-

²³ Discuto esto en mi libro *Ecological Enlightenment*, Nueva York: Humanity, 1993.

mente, acechan amenazas. Un modo diferente de manejar la ambivalencia presume, por tanto, que la *experiencia* se posibilita y justifica socialmente; también, y de modo muy particular, contra la ciencia. La ciencia hace tiempo que ha dejado de estar basada en la experiencia; es mucho más una ciencia de datos, procedimientos y fabricación.

En este contexto es útil distinguir dos tipos de ciencia que comienzan a divergir en la civilización de la amenaza. Por una parte está la antigua y floreciente ciencia de laboratorio, que investiga el mundo matemática y técnicamente pero que carece de experiencia y está encerrada en un mito de precisión; por otro está la discursividad pública de la experiencia que pone de manifiesto objetivos y medios, limitaciones y métodos, y crea controversia sobre ellos. Ambos tipos de ciencia tienen sus particulares perspectivas, deficiencias, limitaciones y métodos. La ciencia de laboratorio es sistemáticamente más o menos ciega a las consecuencias que acompañan a sus éxitos y los amenazan. La discusión —e ilustración— pública de las amenazas, por otra parte, está relacionada con la vida cotidiana, empapada de experiencia, y juega con símbolos culturales. También es dependiente de los medios de comunicación, manipulable, en ocasiones histérica y en cualquier caso carece de laboratorio, lo que la hace dependiente en ese sentido de la investigación y la argumentación, de modo que requiere una ciencia de apoyo (tarea clásica de las universidades). Por consiguiente, es un tipo de ciencia más de preguntas que de respuestas. También puede someter a los objetivos y las normas a un examen público en el purgatorio de las opiniones opuestas, y de este modo puede suscitar dudas reprimidas que se excluyen de forma crónica de la ciencia estándar con su ceguera respecto a las amenazas y las consecuencias.

En ambos casos, estamos ante tipos de conocimiento completamente distintos: por una parte, especializado, complejo, dependiente de la metodología; por otro, un conocimiento orientado a los fundamentos y los errores fundamentales (por ejemplo, en el establecimiento de niveles máximos aceptables, no susceptibles de ser corregidos en un caso individual). El objetivo debería ser confrontar, en el sentido de Popper, la estrechez de miras de la precisión de la ciencia de laboratorio a la estrechez de miras de la conciencia cotidiana y los medios de comunicación de masas, y viceversa. Para eso se requieren escenarios o foros, quizá una especie de «Cámara Alta» o «Tribunal Tecnológico» que garantice la división de poderes entre el desarrollo tecnológico y la implementación de la tecnología.

Reforma de la racionalidad: síntesis de códigos

El «evangelio acrobático del arte como última metafísica europea» (Benn) o el aforismo nietzscheano de que «el nihilismo es un sentimiento de felicidad» ya han alcanzado y penetrado en la opinión pública, el mundo empresarial, la política y la vida cotidiana, es decir, se han entendido y se están convirtiendo en un tópico. Después del nihilismo, no acabamos en el sentimiento de vacío, sino en el esteticismo. En la sociedad postradicional, la gente camina sobre una cuerda floja tendida entre el arte y la artificialidad. Así se han formado y determinado a sí mismas fronteras, competencias y compromisos en redes estrechamente entretejidas; por un lado, esas redes hacen posible la elección, la responsabilidad y los compromisos; por otro, la producción masiva, el diseño, la comercialización y la moda. Gerhard Schulze acuñó el concepto de «sociedad de la sensación» a partir de esta situación y para ella (y aquí, probablemente —¿osaremos decirlo?— ha sobreenfatizado astuta y artificialmente un aspecto parcial importante y preciso). Scott Lash ha desarrollado esta idea en una teoría de la reflexividad estética²⁴. Lash relaciona la investigación de los límites de la reflexividad con ella, porque atribuye reflexividad estética a la «razón emocional» práctica (si es que es admisible semejante combinación de palabras). Aquí confunde reflexión (conocimiento) con reflexividad (auto-aplicación). Admito, claro está, que yo no he tratado la idea de la estetización como construcción postradicional de vínculos que relacionan la producción de masas, el consumo de masas y la estilización del yo y de la sociedad.

Quisiera, no obstante, avanzar un paso más en algo que tiene una importancia esencial. La dimensión estética de la modernización reflexiva de la que habla Scott Lash cubre y describe solo un caso especial de la amplia variedad de (por utilizar una expresión un tanto anticuada) utopías realistas (los críticos dirían: visiones de espanto) a finales del siglo XX. La teoría rígida de la modernidad simple, que concibe los códigos de sistema como excluyentes y asigna cada código a un subsistema y solo a uno, bloquea el horizonte de posibilidades futuras, la capacidad de configurarse y delimitarse a uno mismo, en suma, el arte de sentirse cómodo en el torbellino, utilizando la bella expresión de Marshall Berman.

²⁴ G. Schulze, *Erlebnisgesellschaft*, Frankfurt: Campus, 1992; S. Lash, «Reflexive modernization».

Este potencial solo es descubierto y abierto cuando se imaginan, entienden, inventan y ensayan combinaciones de códigos, aleaciones de códigos y síntesis de códigos. El «laboratorio estético» en el que la sociedad se ha convertido desde hace tiempo no es más que un ejemplo de lo que decimos. La pregunta que se plantea, expresándola en términos clásicos, es la siguiente: ¿cómo puede combinarse la verdad con la belleza, la tecnología con el arte, la economía privada con la política, etc? ¿Qué realidades y racionalidades se posibilitan y se originan realmente cuando se aplican unos a otros los códigos comunicativos y se funden entre sí, sin que de ello se deriven alternativas excluyentes, sino una tercera entidad, que hace posibles y permanentes nuevas situaciones?

El problema puede explicarse trazando un paralelismo entre los códigos genético y comunicativo. El código genético abre el centro generativo de la naturaleza (incluida la naturaleza humana), mientras que el código comunicativo abre el centro a partir del cual se originan los diseños de la realidad y las oportunidades de realidad de los subsistemas. Hablamos aquí de las subracionalidades autonomizadas que delimitan y excluyen las oportunidades de acción sistémicamente reificadas de la modernidad. Aquí acaban las analogías. No existe ningún tipo de ingeniería de códigos comunicativos (en el sentido de la ingeniería genética), ningún modo de abrir y manipular técnicamente los códigos de las subracionalidades (como se hace con los códigos genéticos). Lo que es posible, y hasta cierto punto se ha hecho, es poner en relación mutua las subracionalidades, solo aparentemente «autorreferenciales», y aplicar unas a otras en un experimento mental metarracional: no en el sentido del «todo vale», sino en el de una refundamentación centrada, una creación o, más prudentemente, una corrección de racionalidades sistémicas que se han hecho obsoletas e históricamente irracionales. Por ejemplo, ¿no requiere un «tipo» diferente el reconocimiento de la ambivalencia que nos impone la civilización del riesgo, es decir, una nueva clase de racionalidad científica (lógica de investigación, reglas de procedimiento, teoría y metodología experimental y un replanteamiento del procedimiento subsistémico de revisión *inter pares* de los resultados)?²⁵.

²⁵ Sobre la recontextualización de la ciencia, *vid.* W. Bons, R. Hohlfeld y R. Kollé, «Risiko und Kontext», *paper*, Hamburger Institut für Sozialforschung, mayo de 1990. Para el replanteamiento de los procedimientos subsistémicos, *vid.* M. A. Hajer, *The Politics of Environmental Discourse: a Study of the Acid Rain Controversy in Great Britain and the Netherlands*, tesis doctoral no publicada, Universidad de Oxford, 1993.

La ciencia ya no solo se sirve de la duda; ahora, esa duda, aplicada de forma reflexiva, disrumpe y destruye sus falsas y frágiles claridades y pseudocertezas, y podría convertirse en el estándar de una nueva modernidad que parta de los principios de precaución y reversibilidad. Contrariamente al difundido error, la duda hace que todo —ciencia, conocimiento, crítica o moralidad— sea posible de nuevo, solo que de una forma diferente: a una escala algo más reducida, de forma más tentativa, personal, colorista y abierta al aprendizaje social. Y, por consiguiente, más curiosa, más abierta a cosas contrarias, insospechadas e incompatibles, y todo ello con la tolerancia que se basa en la certeza final y definitiva del error.

En otras palabras, la modernización reflexiva significa también y esencialmente una «reforma de la racionalidad» que haga justicia al *a priori* histórico de la ambivalencia en una modernidad que está aboliendo sus propias categorías de ordenación. Naturalmente, esta clase de temas no pueden tratarse en unos pocos párrafos. En sus primeros pasos, esta inmodesta investigación sobre una nueva modestia puede sin duda moverse dentro de los horizontes de las subracionalidades que la modernidad simple desarrolló y aisló entre sí.

No es un exceso de racionalidad, sino una sorprendente falta de racionalidad, la irracionalidad dominante, lo que explica los achaques de la modernidad industrial. Pero solo pueden curarse, si es que tienen cura, no mediante la retirada, sino mediante una radicalización de la racionalidad que absorba la incertidumbre reprimida. Incluso aquellos a los que no les guste esta medicina de la civilización, que encuentren desagradable su sabor simplemente porque les disgustan los médicos de la civilización, podrán quizá entender que este jugar con las fuentes mundanas de la certeza, este experimento con los tipos de racionalidad, no hace más que remontar las huellas de lo que durante mucho tiempo se ha estado desarrollando vigorosamente como un experimento concreto de civilización.

La invención de lo político

Es preciso hacer más específica esta concepción, y defenderla al menos de tres objeciones. En primer lugar, quien haya abolido la frontera entre política y no política se priva de la base de su argumento. Cuando todo es, de algún modo, político, entonces nada, de algún modo, es político. ¿No se está trasmutando la necesidad de pa-

rálisis política en la virtud de la movilidad y emocionalidad subpolíticas, siguiendo el principio de que si nada funciona ya, es que todo funciona de algún modo? Incidentalmente, «El reconocimiento de que todo es política», escribe Beyme, «confunde cuando no se complementa con la percepción de que todo es también economía o cultura»²⁶.

En segundo lugar, ¿no acaba la subpolítica allí donde comienza la política, esto es, allí donde lo que está en juego es «lo que importa de verdad», la cuestión clave del poder, en áreas tales como la potencia militar, la política exterior, el desarrollo económico y el desempleo? ¿No es el énfasis en la subpolítica más que otra manifestación de una obediencia creciente?

En tercer lugar, ¿la subpolítica no llega y se mantiene hasta donde puede contar con el apoyo de la política, el derecho y el dinero? ¿No debería volverse del revés el argumento, es decir, no debería sostenerse que el desarrollo de la subpolítica no presupone una reactivación del centro y del sistema políticos? Es tentador sospechar que la formulación «reinención de la política» no es más que pura ilusión. Peor aún: ¿no invoca y favorece esto la resurrección del desaparecido «absolutismo estatista de la reforma» (Thomas Schmid)? Desearía cerrar el paso a estas objeciones y refutarlas perfilando y diferenciando tipológicamente lo político y la politización.

Política de la política

El antagonismo Este-Oeste fue uno de los gigantescos cimientos de lo político. Este antagonismo establecía los roles en todos los dominios de la sociedad. En pequeña escala, en lo cotidiano, al igual que en el escenario geopolítico en sentido amplio, la normalidad y la desviación, el «liderazgo», la «calidad de aliado» y la neutralidad eran delimitadas y determinaban al detalle la producción industrial, la política municipal, la política familiar, la política tecnológica, la política de ayuda internacional y todo lo demás. Era el orden del Gran Antagonismo, y su prolongación eterna, lo que producía y reproducía tres cosas: tensión, posibilidades claras de orientación y un orden político

²⁶ K. von Beyme, *Theorie der Politik im 20. Jahrhundert*, Frankfurt: Suhrkamp, 1991, p. 343.

mundial que podía conferirse a sí mismo la apariencia de ser no político.

Si es lícito comparar el carácter incontrolado de la política con una criatura del reino animal, podemos ejemplificarlo con la parábola de un bostezante león que estaba enjaulado en el zoo. Los cuidadores se ocupaban del mantenimiento y protección de la jaula, y arrojaban al león unas pocas piltrafas sangrientas para atemorizar y divertir a los visitantes, que miraban al león desde todas partes. Muchas mentes agudas denominaron «política de símbolos» a esta telegénica forma de alimentar al león, a este circo político. El adiestramiento era generalizado y omnipresente. La política se estaba haciendo trivial. Todo era escenificación. Cosas que hubieran sucedido de todos modos, y la forma de presentarlas, obedecían la ley de proporcionalidad inversa: cuanto menor el margen de acción y las diferencias entre partidos, mayor la palabrería.

Al colapsarse el antagonismo entre Este y Oeste se ha producido una situación paradójica. La política todavía tiene lugar en las mismas viejas jaulas, pero el león anda suelto. La gente pretende que todavía está en un zoo en el que ya no hay un león. Tratan a los leones que campan a sus anchas como leones enjaulados, y consideran susceptibilidad narcisista por parte de estos que no busquen, como es su obligación, inofensivas jaulas en las que encerrarse. Ha surgido una especie de desierto político en Europa, en el que se carece de instituciones, pequeñas y grandes, en todas las esferas de la política, incluso en aquellas tales como la tecnología, la industria y la economía privada, que, sin ser políticas, hasta ahora podían contar con una implementación relativamente sencilla de sus deseos.

Hemos distinguido antes entre política oficial, con patente de tal (el sistema político), y subpolítica (en el sentido de política autónoma subsistémica). Este retorno de lo político más allá del conflicto entre Este y Oeste y más allá de las viejas certezas de la época industrial impone y justifica una distinción ulterior, que corta transversalmente a las ya mencionadas, es decir, la distinción entre política dirigida por reglas y política modificadora de reglas. El primer tipo puede ser, ciertamente, creativo y no conformista, pero opera dentro del sistema de reglas de la sociedad del estado industrial y de bienestar de la nación estado (o, en nuestros términos, modernidad simple). La política modificadora de reglas, por otro lado, tiene como objetivo la «política de la política», en el sentido de modificar las propias reglas de juego. Este tipo de meta- o superpolítica involucra dos cosas: en pri-

mer lugar, el cambio del sistema de reglas, y, en segundo lugar, a qué sistema de reglas hay que cambiar. Quizá habría que jugar al tute en vez de al mus, o viceversa.

Incluso dentro de la política simple, digamos el mus, existe un número de variantes individuales de tipo más o menos sofisticado que uno puede jugar con diversos niveles de destreza y éxito o fracaso. Pero se presenta una situación completamente distinta si se alteran o cambian las propias reglas de juego. Se alcanza el colmo de la confusión cuando uno juega a ambos juegos a la vez, al mus y al juego de cambiar sus reglas. La gente juega con sistemas de reglas trocados para cambiar las propias reglas. Algunos siguen jugando al mus y se indignan cuando otros intentan inventar e implementar nuevas reglas de juego durante la propia partida. Y este es precisamente la clase de híbrido de normalidad y absurdo al que nos enfrentamos cotidianamente hoy.

Prosigue el juego de la sociedad industrial clásica, los antagonismos de trabajo y capital, de izquierda y derecha, los conflictos de intereses de los grupos y los partidos políticos. Al mismo tiempo, muchos exigen volver del revés el sistema de reglas, y empiezan a hacerlo, pero no queda del todo claro, por expresarlo metafóricamente, si el juego futuro va a ser el mus, los dados o el fútbol. La política dirigida por reglas y la política modificadora de reglas se solapan, se entremezclan e interfieren. Hay períodos en los que predomina una y períodos en los que predomina otra. Mientras que Europa está experimentando una regresión a variantes rígidas, a sangrientas variantes del juego de naciones estado de la modernidad simple, en Estados Unidos se intenta partir hacia el nuevo continente de invención de lo político, ensayando —y sufriendo— la política de la política.

La distinción entre política oficial y subpolítica, que está orientada a la estructura sistémica de la sociedad, debe por tanto contrastarse con la distinción entre política simple (dirigida por normas) y política reflexiva (modificadora de normas). Esta última se mide de acuerdo con la profundidad, la calidad de lo político. La fórmula «política de la política» o «invención de lo político», que apunta a esto, no debe interpretarse en modo alguno normativamente. Solo pretende sacar a discusión qué ocurriría si el objeto de la discusión se hiciera realidad, independientemente de que el resultado sean sueños, pesadillas o ideas tendentes a la realización. Considerando la cuestión desde un punto de vista minimalista, nos enfrentamos hoy a la idea

operacional concreta de la invención de la política. Considerando la cuestión de forma maximalista, la «sociedad», o determinados grupos sociales, se mueven ya en esa dirección. La distinción entre la política oficial y la política reflexiva puede aplicarse a la política y la subpolítica del mismo modo que a las condiciones de su politización. De este planteamiento resulta una tabla dividida en seis campos (tabla 1).

Lo político, en la medida en que se comporta pacíficamente o puede mantenerse en paz, tiene lugar dentro del concepto de democracia del estado nación exclusivamente como un combate dirigido por normas entre partidos en torno a los pesebres y resortes del poder, con los objetivos de desarrollo económico, pleno empleo, seguridad social y cambio de gobiernos (en el sentido de renovación del personal o de los partidos que lo ocupan). Esto es la democracia y ese es el modo en que tiene lugar y se manifiesta. Pero de ningún modo es política en el sentido de una reconstrucción del sistema gubernamental, de transformación del gobierno, de autodisolución del go-

TABLA 1

<i>Lugar y tipo de lo político simple</i>	<i>Cualidad o período de lo político</i>	
	<i>(dirigido por normas)</i>	<i>reflexivo (modificador de normas)</i>
Política del sistema político	política simbólica, crecimiento, pleno empleo, progreso social y técnico	reactivación económica o metamorfosis del estado
Política del (sub)sistema	racionalidad experta simple, predominio de la acción tecnocrática y burocrática, esfera privada	reforma de la racionalidad, empresarios de la política, vocación como acción política
Condiciones de politización	huelga, mayoría parlamentaria, iniciativa gubernamental, soluciones colectivo-individualistas (por ejemplo, coche, seguro)	congestión, bloqueo y, como variante, lucha por el consenso y las reformas de la modernidad dentro y fuera del sistema político

bierno tanto en sentido ascendente como descendente, mediante la delegación de la autoridad decisoria en los grupos y en las agencias globales. Expresándolo de otro modo, la política en la estructura y el sistema de reglas de la nación estado no significa partir hacia el nuevo territorio de la sociedad del riesgo política, geopolítica o global. La gente discute sobre el mantenimiento y la protección de las reglas del juego democrático y económico en las naciones estado. Este modelo de política es incierto por varios motivos, no en último término por la redoblada inflación de las demandas. Se supone que la política gubernamental se hace cargo de todo, y se supone que todos tienen parte en ella y apuntan a maximizar su influencia personal.

Incluso aunque nadie pueda decir desde el fondo de su corazón que cree que la transformación de una economía nacional autodestructiva en una civilización mundial global y democrática se va a producir realmente, todavía será posible alcanzar un consenso respecto a que las actuales instituciones obsoletas no están en condiciones de alcanzar estos objetivos bajo ninguna circunstancia. Si no se desea seguir cerrando los ojos frente a esto, es preciso abandonar el marco de la política del *statu quo* en cuanto a los objetivos propios —crecimiento económico, pleno empleo y seguridad social— o al menos abrirlos, ampliarlos, repensarlos y recombinarlos. Esto es precisamente aquello a lo que apunta la invención de la política. Lo mismo puede decirse de Europa, del mundo posterior a la guerra fría, de los antagonismos entre regiones prósperas y hambrientas del mundo que ahora se manifiestan de forma abierta y radical, del problema de los refugiados económicos y políticos que invaden la Fortaleza Europa, etc.

Inventar lo político significa una política creativa y aut creativa que no cultive ni renueve las antiguas hostilidades, ni derive de ellas sus instrumentos de poder y los intensifique; en lugar de ello, se trata de una política que diseñe y forje nuevos contenidos, nuevas formas y nuevas alianzas. Con todo esto aludimos a un renacimiento de lo político que «se pone a sí mismo», por utilizar una expresión de Fichte: es decir, que desarrolla su actividad a partir de la actividad, sacándose a sí mismo del pantano de la rutina tirando de sus propios cabellos. Esto no supone una «política de la convicción» (Max Weber) ni una política de la hipocresía. Por el contrario, la reinención de la política requiere un realismo maquiavélico (*vid. infra*), pero no se agota en él. Por el contrario, lucha por espacios, formas y foros de formación de estilos y estructuras dentro y fuera del sistema político.

Metamorfosis del estado

Pueden formularse afirmaciones contradictorias respecto al estado moderno: por un lado, se está extinguiendo, pero por otro es más urgente que nunca, y ambas cosas por buenos motivos. Quizá no sea esto tan absurdo como parece a primera vista. Por reducirlo a una fórmula: extinción más invención es igual a metamorfosis del estado. Es así como puede bosquejarse y darse contenido a la imagen de un estado que, como una serpiente, esta mudando la piel de sus tareas clásicas y desarrollando una nueva «piel de tareas» global. En una célebre entrevista, Hans Magnus Enzensberger afirma:

Los políticos se sienten afrentados por el hecho de que la gente cada vez se interesa menos por ellos ... harían mejor en preguntarse a qué se debe esto. Yo sospecho que los partidos han sido víctimas de un autoengaño. ... El núcleo de la política actual es la capacidad de autoorganización ... que comienza con las cosas más corrientes: cuestiones escolares, problemas de los inquilinos o regulación del tráfico... Hoy el estado se enfrenta a todo tipo de grupos y minorías de todas clases ... no solo las antiguas organizaciones, como los sindicatos, las iglesias y los medios de comunicación. Incluso los deportistas están sumamente organizados. También lo están los homosexuales, los traficantes de armas, los automovilistas, los discapacitados; los padres, los defraudadores fiscales, los divorciados, los conservacionistas, los terroristas, etc. Todos ellos constituyen diez mil diferentes agencias de poder en nuestra sociedad²⁷.

En la vieja Europa, la gente siempre describió

la política según el modelo del cuerpo humano. El gobierno era el órgano rector supremo, la cabeza. Esta metáfora se ha quedado definitivamente anticuada. No existe ya ningún centro que prediga, controle y decida. Ya no es posible localizar el cerebro de la sociedad; las innovaciones y las decisiones sobre el futuro hace tiempo que no se originan en la clase política. Por el contrario, solo cuando una idea se ha convertido en una banalidad se dan por aludidos los partidos y los gobiernos ... El gobierno federal [alemán] es relativamente estable y tiene un éxito relativo, a pesar, y no a causa, del hecho de que está en manos de la gente que nos sonríe desde los pósters electorales. Aunque el ministro de Correos hace cuanto está en su mano para echar a perder el servicio postal, las cartas siguen llegando. Aunque el canciller fed-

²⁷ H. M. Enzensberger, *Mittelmass und Wahn*, Frankfurt: Suhrkamp, 1991. pp. 230 y ss.

tal se comporta como un elefante en una cacharrería, florece el comercio con el Este, etc. ... Esta paradoja solo admite una explicación: Alemania puede permitirse un gobierno incompetente, porque, a fin de cuentas, la gente que nos aburre en los telediarios no importa²⁸.

La autoorganización mencionada arriba no significa, como señala Hermann Schwengel, «los viejos lugares comunes liberales de las fuerzas sociales libres», pues estas se vuelven ahora contra las pretensiones políticas del estado. La «autoorganización significa, más precisamente, una reunificación de estas fuerzas libres en los estratos más profundos de la sociedad, en la actividad económica, comunitaria y política». La autoorganización significa la *subpolitización (reflexiva) de la sociedad*. «El lugar y el sujeto de la definición del bienestar social, de una técnica específica del poder político, de la garantía de la paz pública y de la afirmación provocadora de una historia política de esta sociedad y solo de esta sociedad [se han] dissociado. Ahora son tan accesibles a las instituciones económicas y culturales como a las políticas»²⁹.

El estado autoritario de decisión y acción cede su lugar al estado negociador, que dispone los escenarios y las conversaciones y dirige el espectáculo. Cabe pensar que la capacidad del estado moderno para negociar es incluso más importante que su capacidad jerárquica unilateral para actuar, cada vez más problemática. En la modernidad tardía de finales de este siglo, «el estado [tradicional] se está extinguiendo como "criatura especial", como estructura de soberanía y como coordinador jerárquico»³⁰. Extinción no tiene por qué equipararse con fracaso, como ocurre con la insatisfacción generalizada con los partidos políticos. Por el contrario, el éxito también puede matar. La extinción del estado no es, frecuentemente, más que la otra cara de la autoorganización, la subpolitización de la sociedad; es una especie de utopía redimida. La política condensada en simbolismo caracteriza la fase intermedia, en la que los problemas clásicos del estado en la modernidad simple han sido parcialmente solucionados y parcialmente olvidados en la maraña de la sociedad activa, pero en la que los

²⁸ Ibid., pp. 228 y s.

²⁹ H. Schwengel, «Die Zukunft des Politischen», *Ästhetik und Kommunikation*, vol. 65/6, 1987, p. 18.

³⁰ C. Böhret, *Die Handlungsfähigkeit des Staates am Ende des 20. Jahrhundert*, manuscrito no publicado, Speyer, 1992, pp. 9 y s.

desafíos al gobierno de una modernidad reflexiva todavía no se perciben en absoluto.

El concepto de muerte plantea dificultades a los científicos sociales. El colapso del bloque oriental, sin embargo, ha demostrado que puede haber algo así como un infarto gubernamental. Quien excluya el concepto de «muerte institucional» olvida con qué nos enfrentamos por doquier en estos días de cambio social radical: instituciones-zombis que llevan clínicamente muertas largo tiempo pero que son incapaces de morir. Como ejemplos, uno podría citar los partidos de clase sin clases, los ejércitos sin enemigos, los aparatos gubernamentales que en tantos casos pretenden iniciar y mantener situaciones que ocurrirían o se mantendrían de todos modos.

Si es cierto que las tareas gubernamentales mueren y que es preciso definir y constituir nuevas tareas, entonces se plantea la cuestión de qué tareas y cómo se definen. Carl Böhret sugiere un criterio interesante para esto, la «capacidad negociadora de los intereses sociales». Böhret considera que esta se cumple cuando los intereses se hacen capaces de autoorganizarse, cuando agentes organizados les dan voz y relevancia en los ámbitos de la sociedad y de la política. Por contraste, las nuevas tareas gubernamentales que es preciso inaugurar se caracterizan por no ser capaces de negociación, aunque pueden y deben adquirir esa capacidad. Un ejemplo podría ser la protección de los intereses vitales y de supervivencia de las generaciones venideras y del mundo natural que nos rodea, o la construcción de un orden supranacional e idealmente global. «Todos los ámbitos de problemas que son "negociables" en principio entre grupos de personas y organizaciones pueden ser "societalizados". En este contexto, eso significa que pueden abordarse en el sistema negociador multilateral con la participación del estado. Esto también concierne, y cada vez más, a la estructura legal en la que el que queda a cargo del control central del contexto es, fundamentalmente, el agente gubernamental.» Expresándolo con otras palabras: las áreas clásicas de la política simbólica pueden ser evacuadas y delegadas en la subpolítica organizada de la sociedad.

Sin embargo, todos los aspectos que son «no negociables», bien por la falta de un interlocutor directo, bien porque tales interlocutores no puedan representar eficazmente un interés dentro de un plazo razonable, deberían ser manejados en principio como tareas gubernamentales y funcionales. Esto se aplica siempre que se vea afectado el «principio de supervivencia» y exista la presunción de una «responsa-

bilidad generacional» relativa a la protección de las generaciones venideras, pero también se aplica en el caso de «catástrofes silenciosas».

En un futuro previsible, aquí solo es posible la desregulación al precio del desastre. En estas áreas, por consiguiente, el estado se consagra a aquellos problemas que carecen por el momento de competencia social, como la ecología. Se supone que se le ha de conceder una pretensión de «monopolio procesual» a este respecto. El estado debe permitir, incluso desear que las tareas que se le asigne en cada caso no le pertenezcan permanentemente, sino que le vayan siendo arrebatadas (es decir, «societalizadas») por la competencia que se adquiera³¹.

No se trata aquí de una mera redefinición de los ámbitos de responsabilidad gubernamental, sino más bien de la cuestión radical de si ciertas tareas aparentemente «eternas» y las instituciones con jurisdicción sobre ellas han sobrevivido a su utilidad. Por lo tanto, política reflexiva no significa solo la invención, sino también el abandono de lo político. El que, por ejemplo, las fuerzas armadas constituyan parte esencial del estado (como nos pretenden hacer creer todas las teorías del estado desde Hegel a Max Weber y Carl Schmitt) es algo definitivamente dudoso, y debe ponerse en duda en la época de la ambivalencia.

No presentamos, pues, un alegato en favor de nuevas tareas gubernamentales dentro de las antiguas formas. Antes al contrario, el núcleo de la argumentación es que el hacerse cargo de estas nuevas tareas impone simultáneamente al estado una nueva forma de gestionarlas. El estado debe practicar la autocontención y la autonegación, renunciar a ciertos monopolios y conquistar temporalmente otros, etc.

Ni el *laissez-faire* del estado guardián ni la planificación global autoritaria del estado intervencionista son adecuadas para las necesidades operativas de una sociedad moderna altamente diferenciada ... El objetivo es la construcción de realidades en las que las construcciones de realidades de otros sistemas tengan cierta libertad de acción. Teniendo en cuenta los factores externos que ya no pueden controlarse internamente, lo que está en juego son las autolimitaciones de sistemas funcionales diferenciados mediante un proceso de supervisión, en el que la perspectiva de la intervención mutua —quizá de la política en la ciencia, o de la ciencia en la política— se complementa con la perspectiva de la invención de identidades mutuamente compatibles³².

³¹ Ibid.

³² Willke, *Die Ironie des Staates*, pp. 296, 303.

¿Más allá de la derecha y la izquierda?

¿Cabría pensar que en Europa todavía tenemos el viejo paisaje de partidos políticos, pero que ya hay signos y síntomas de que será erosionado hasta sus estratos más profundos en los años venideros? ¿No sería entonces la modernización reflexiva equivalente a un terremoto a largo plazo que está alterando de forma radical la «geología de partidos»? ¿Cabría pensar que toda la inquietud que hoy nos corta el aliento no sea más que la calma que precede a la tempestad? ¿O, siendo cierto esto, puede producirse lo contrario, es decir, que una vez perdido el apoyo del orden político estructurado en la oposición izquierda-derecha vuelva por eso mismo a restaurarse ese orden? Quizá esto tenga ventajas insustituibles. La metáfora espacial tiene validez universal, y su aplicación al ámbito político está históricamente establecida y reduce la (extenuante) complejidad a una bipolaridad que la hace susceptible de acción, un activo cuyo valor aumenta precisamente con la desintegración del orden mundial.

Indudablemente, la ciencia política empírica confirma la relevancia e importancia del modelo izquierda-derecha en la percepción de la población. Puede que a quienes constituyen objeto de estudio les ocurra lo mismo que a quienes los estudian desde las ciencias sociales: no tienen alternativas. En su desvalimiento, sin embargo, buscan el modo de avanzar con las muletas conceptuales del pasado, incluso aunque perciban claramente la fragilidad de esos anticuados apoyos.

La transformación de los sistemas comunistas en sistemas capitalistas, ¿es una empresa de «derechas» o de «izquierdas»? ¿Es la resistencia a ese proceso, es decir, la protección de las «conquistadas» de lo que queda del socialismo, «conservadora» o «progresista»? Quienes profanan la paz de cementerio de la izquierda exhibiendo despiadadamente las perversiones del socialismo en todas sus formas concretas, ¿siguen promoviendo la causa del «enemigo de clase» o ya están asumiendo el papel de una «izquierda post-socialista» y fundando la base de sus aspiraciones en la Europa futura?³³.

³³ Una vez descabalgada la «teoría de izquierdas», la pregunta «¿Qué queda de la izquierda?» (Steven Lukes) comienza a dividir los grupos y grupúsculos que quedan. Observamos el fenómeno novedoso de una derecha restauracionista. La antigua cuestión derecha-izquierda asedia a muchas mentes izquierdistas: ¿todo salió mal solo porque unos cuantos Stalins y Honeckers liaron las cosas? Incluso se está redescubriendo el individuo en la historia, si de lo que se trata es de enfrentar al socialismo contra los que lo guiaron (al desastre) y protegerlo de ese modo. Ahora, la izquierda está practi-

La metáfora política izquierda-derecha, que nació con la sociedad burguesa³⁴, es probablemente inexpugnable, a no ser que sea «destro-nada» por alternativas. Yo situaría, de forma cautelosa e hipotética, las coordenadas de la política y los conflictos futuros en tres dicotomías conceptuales: seguro-inseguro, dentro-fuera y político-apolítico. Abordo de este modo tres preguntas clave: ¿cuál es nuestra actitud, primero, frente a la incertidumbre; segundo, frente a los extraños; y tercero, frente a la posibilidad de configurar la sociedad?

¿Por qué estas tres interrogantes y oposiciones clave, y no otras? Hemos elegido estas porque, desde la perspectiva teórica elegida aquí, tienen mayores oportunidades de implementación, o, más claramente, más oportunidades de estilización y escenificación que otras. Esto es, después de todo, lo que es decisivo, no la validez inherente ni las características de las dimensiones y categorías mencionadas. Sobre la base de la teoría de la modernización reflexiva bosquejada anteriormente, es plausible asumir, en primer lugar, que incluso en el futuro seguirá siendo posible llevar a cabo contramodernizaciones; en segundo lugar, que la continuación de la autodestrucción ahondará las trincheras entre lo seguro y lo inseguro; y en tercer lugar, que el «conflicto de las dos modernidades» todavía no ha mostrado su potencialidad explosiva política y subpolíticamente.

La importancia atribuida al futuro de la oposición dentro-fuera, nosotros-ellos, no debería resultar sorprendente. Considerando las guerras nacionalistas y las migraciones de refugiados que se vislumbran amenazantes, no hace falta ninguna teoría de la modernización reflexiva para aventurar este pronóstico. Es más probable que se necesite para explicar el cómo de estos fenómenos. Cuando se desintegran las instituciones, avalanchas de posibilidades caen sobre aquellos que deben actuar. De igual modo, surge una necesidad insatisfecha de simplicidad y una nueva rigidez. Si no se dispone de instituciones alternativas que hagan posible la acción o eximan de ella empieza la huida hacia la mascarada de las antiguas certezas: es como si estas re-

cando lo que siempre criticó de la derecha, reduciendo la historia a la historia de los héroes y sosteniendo que los individuos y no las condiciones produjeron el colapso del comunismo. Frente al griterío triunfal del capitalismo victorioso, ¿no nos corresponde mantener los viejos principios, distinguir el socialismo ideal del real, y justificar y proclamar las utopías del socialismo ahora más que nunca? ¿No son sobre todo los «oportunistas de la Alemania occidental» quienes corren en pos del *Zeitgeist* y sacrifican oportunistamente las intuiciones y perspectivas de la crítica social occidental?

³⁴ S. Lukes, «What's Left?», *Times Higher Education Supplement*, julio de 1992.

sucitaran en el mismo momento en que desaparecen. Sirven a este fin «disfraces» (en un sentido bastante literal) que combinan dos cosas: adscripción (el antídoto más potente frente a la desvinculación) y, paradójicamente, constructibilidad. El vacío no puede llenarse de ninguna otra manera.

Es decir, estamos experimentando no el renacimiento del pueblo, sino el renacimiento de la escenificación del pueblo (o la escenificación del renacimiento del pueblo). Este se lleva la parte del león en las cadenas de radiodifusión y en las primeras planas porque otros tipos de cambio están bloqueados, y el nacionalismo, por amargo que esto pueda resultar a muchos, exhala el aroma incitante de la autodeterminación. Aquí, las diferentes posibilidades de contramodernización —nacionalismo, violencia, esoterismo, etc.— pueden complementarse, mezclarse, invalidarse, amplificarse y competir entre sí.

¿De qué sirve señalar la naturaleza escenificada del nacionalismo? ¿Pierde su peligrosidad por ello? No, pero se hace más desvalido, heterogéneo e inestable; adquiere, por expresarlo así, características postmodernas y pierde la calidad fatalista y demoníaca que induce a la gente a entregarse al nacionalismo dinámico. Este neonacionalismo, que probablemente pueda escenificarse con éxito a largo plazo, es un fantasma que, como otros fantasmas actuales, precisa espacio en las cadenas de televisión y en la subpolítica tácita de la mayoría (todavía) democrática de Occidente para poder vagar eficazmente³⁵.

Algo básicamente similar puede decirse de las otras dos polarizaciones. El desarrollo de las discusiones sobre amenazas fabricadas provoca el atrincheramiento de los antagonismos seguro *versus* inseguro. Obviamente, la politización es específica de cada cuestión. Esto significa, sin embargo, que cualquiera que afirme su seguridad por un lado se cuente por otro lado entre las filas de los amenazados. Niklas Luhmann extrajo la conclusión de que esta oposición no puede manejarse institucionalmente, y que no conduce a la formación de frentes claramente delimitados³⁶. El resultado, sostiene Luhmann, es un potencial fluctuante de conflicto que no puede ni delimitarse ni agudizarse en disputas políticas. Lo que nunca se subraya suficientemente a este respecto es que las propias instituciones de seguridad y

³⁵ W. Heitmeyer, *Rechtsextremistische Orientierungen bei Jugendlichen*, Weilheim: Yurenta, 1991.

³⁶ N. Luhmann, *Soziologie des Risikos*, Berlín: Springer, 1991.

aseguramiento contienen y mantienen estándares por los que pueden ser acusadas de inseguridad inasegurada³⁷.

Y es esto precisamente lo que abre el camino a la subpoliticación y desencadena los impulsos contrapuestos al «más de lo mismo» y a la no-política. La oposición entre nueva y vieja modernidad supone un choque que engloba y electriza todos los campos de acción de la sociedad moderna. Las revueltas se enfrentan a la resistencia de las rutinas y de quienes están atrapados en ellas. La subpolítica reflexiva, no simple, tiene que autoorganizarse. Dos modelos, el bloqueo y la coalición, nos permiten explorar este proceso.

Una parálisis generalizada acompaña a la subpoliticación; los modernizadores, al igual que sus críticos, quedan atrapados en la maraña de los puntos de vista e intereses fomentados. Este debilitamiento del proceso de implementación de la industrialización, que antes estaba tan bien lubricado por el consenso, ralentiza el proceso, y anuncia la autolimitación y el autocontrol anárquico de un proceso de industrialización que, anteriormente, carecía de frenos³⁸.

La generalizada confusión y oposición dentro y fuera de las instituciones requiere y favorece la formación de redes de apoyo que traspasan las fronteras de sistemas e instituciones, redes que deben conectarse y preservarse personalmente. En cierto modo, pues, la desintegración de las instituciones abre un margen a una refeudalización de las relaciones sociales. Esto abre margen de juego para un neomaquiavelismo en todas las áreas de la acción social. Deben crearse, forjarse y constituirse ordenamientos. Solo las redes, que deben estar interconectadas y poseer su propia «moneda», permiten la formación de poder o la oposición al poder.

Política de vida-y-muerte

Los antagonismos del mundo político, como el liberalismo, socialismo, nacionalismo o conservadurismo, que rigen mentes, partidos, parlamentos e instituciones de educación política son el producto del industrialismo emergente. Esas teorías políticas tratan los

³⁷ Ibid.

³⁸ El ejemplo de la ingeniería genética contradice esto; sin embargo, hay muchas manifestaciones de resistencia; *vid.*, por ejemplo, E. Beck-Gernsheim, «Wider das Paradigma des Kriegsschauplatzes», *Ethik und Sozialwissenschaften*, vol. 3, 1992.

problemas de configuración de la naturaleza o destrucción del entorno con toda la perspicacia con que los ciegos pueden hablar de los colores, y lo mismo puede decirse de los problemas del feminismo, de la crítica a los expertos y a la tecnología y de las versiones alternativas de la ciencia.

El concepto de política en la modernidad simple se basa en un sistema axial, una de cuyas coordenadas discurre entre los polos izquierda-derecha y la otra entre los polos público-privado. En este contexto, politicación significa que algo abandona la esfera privada para pasar a la esfera pública; o a la inversa, que las demandas de los partidos, la política partidista o el gobierno infesten todos los rincones de la vida privada. Si el ciudadano no va a la política, la política irá al ciudadano.

Anthony Giddens llama a este modelo «política emancipatoria», y lo delimita frente a la «política de la vida». «La política de la vida trata de cuestiones políticas que dimanen de procesos de autorrealización en contextos postradicionales, en los que las tendencias globalizadoras penetran profundamente en el proyecto reflexivo del yo y, a la inversa, en los que los procesos de autorrealización influyen en las estrategias globales»³⁹.

Lo interesante de esta concepción estriba en el hecho de que aquí, en contraste con Christopher Lasch y su «cultura marxista», lo político se alcanza, o nos invade, al pasar a través de la esfera privada: desandando el camino recorrido, por expresarlo así. Todo aquello que se considera pérdida, peligro, desperdicio y decadencia dentro del marco izquierda-derecha de la política burguesa, aquello que concierne al yo, preguntas como ¿quién soy?, ¿qué quiero?, ¿hacia dónde me dirijo?, en suma, todos los pecados originales del individualismo, conducen a un tipo diferente de identidad de lo político: la política de vida-y-muerte.

Quizá entendamos esta nueva cualidad de lo político si atendemos primero a las histerias que se suscitan en este contexto. La contaminación del aire, las aguas y los alimentos sin duda causa alergias en el sentido médico de la palabra, pero también en su sentido psicológico. Todo el mundo está atrapado en batallas defensivas de diverso tipo, a la espera de las sustancias hostiles que acechan su forma de vivir y de alimentarse. Estas sustancias son un peligro omnipresente e invisible. Acechan en aspectos íntimos que están directa e inevitable

³⁹ Giddens, *Modernity and Self-Identity*, p. 214.

mente ligados con lo más hondo de la vida privada. La vida privada se convierte, en su esencia, en el juego de resultados y teorías científicas, o de las controversias y conflictos públicos. Las interrogantes que plantea un mundo distante de fórmulas químicas irrumpen con mortal seriedad en los ámbitos más íntimos del estilo de vida personal como interrogantes que afectan al yo, a la identidad y a la existencia, y que no es posible ignorar. En la sociedad global del riesgo, por lo tanto, la privacidad, como la unidad de lo político más pequeña que quepa imaginar, contiene en sí la sociedad mundial, por utilizar otra vez la imagen de las muñecas rusas. Lo político anida en el centro de la vida privada y nos atormenta.

¿Qué constituye lo político, el elemento politizador de la política de la vida? En primer lugar, la inevitabilidad que, en segundo lugar, contradice los principios de la soberanía privada y que, en tercer lugar, ya no puede pretender presentarse como constrictión natural (en el sentido original de la palabra). En contraste con las pretensiones de orden y toma de decisiones de la modernidad, surge una nueva experiencia compulsiva que ni coincide ni debe ser confundida con la dependencia de la naturaleza de siglos anteriores o la experiencia de clase de la época industrial.

Esta es la experiencia del «destino natural» producido por la civilización, en el que la cultura reflexiva del ego experimenta y sufre el carácter implacable de su constructivismo técnico y de su sociedad global. Ahora, el microcosmos del estilo de vida personal está interconectado con el macrocosmos de problemas globales terriblemente irresolubles. Para poder darse un respiro sin remordimientos, últimamente uno tiene que volver del revés el orden del mundo.

Esto despierta un interés de supervivencia existencial en las categorías de la ciencia, en sus fuentes de error y en sus perspectivas, algo con lo que los humanistas anteriores solo podían soñar. Las cuestiones filosóficas del existencialismo, por ejemplo, se convierten en parte de la vida cotidiana, casi en temas de «candente actualidad». La preocupación de Sören Kierkegaard por la angustia como la otra cara de la libertad, por ejemplo, o la cuestión de quién define y quién toma las decisiones sobre la vida y la muerte y de qué modo, se imponen a cualquiera que se encuentre en el brete de tomar una decisión y se convierten en grandes temas que electrizan a todo el mundo.

Esta nueva simbiosis de filosofía y vida cotidiana se manifiesta de forma llamativa en las cuestiones sobre las que la medicina avanzada y la ingeniería genética obligan a decidir. Estos desarrollos equivalen

a una democratización de Dios. Imponen a la gente cuestiones que culturas y religiones anteriores habían proyectado sobre Dios o sobre los dioses. Los éxitos de la medicina reproductiva y de la ingeniería genética pronto pondrán a padres y médicos en situación de seleccionar de forma negativa, o quizá positiva, las cualidades de la generación venidera. Ya es posible reconocer ciertas «enfermedades congénitas» en etapas tempranas y, en combinación con el aborto, evitar el nacimiento de un niño con probabilidades de poseer esas características. Es previsible que la elección de una descendencia masculina o femenina pueda también «regularse» de este modo, a no ser que se establezcan prohibiciones explícitas y difíciles de controlar que también atañerían principalmente a cierto grupo cultural. Y todo esto no es más que el principio de una larga serie de revoluciones científicas.

La cualidad de lo político que está surgiendo aquí tiene la virtualidad de transformar existencialmente la sociedad⁴⁰. Si los desarrollos de la genética y la biología humana siguen implementándose exclusivamente tal como son demandados por el mercado, la constitución, la libertad de investigación y la creencia en el progreso médico, el efecto acumulativo será, en el sentido más literal de la palabra, una profunda transformación «genética» de la sociedad, y no por medio de una decisión parlamentaria o gubernamental. Por el contrario, esto ocurrirá a través de la esfera privada apolítica, mediante las decisiones de millones de individuos, padres y madres, con el asesoramiento de los médicos y de criaturas tan propias de una probeta burocrática como los «consejeros genéticos». Las utopías del progreso eugenésico de siglos anteriores probablemente no sean impuestas desde arriba mediante la crueldad y la brutalidad, como ocurrió con la locura racial nacional-socialista (aunque esto tampoco pueda descartarse).

El «brazo ejecutor» de la revolución cultural y social genética futura es la decisión individual del «individuo privado». El paciente se convertirá en un revolucionario de su propia causa. La revolución de la ingeniería genética es «extraparlamentaria». La fórmula «lo privado es lo político» adquiere de este modo un significado secundario biotécnico que rápidamente puede convertirse en su significado primario. Como se ha afirmado, la historia de la humanidad, su peligro y su tragedia, no ha hecho más que comenzar, pues la tecnología, en su aplicación intensificada al ámbito genético, se está convirtiendo en el

⁴⁰ Vid. a este respecto E. Beck-Gernsheim, *Technik, Markt und Moral*, Frankfurt: Suhrkamp, 1992 (próxima versión inglesa en Humanity Press, Nueva York).

germen de guerras religiosas que, a diferencia de sus predecesoras de la Edad Media, ahora no puede neutralizar el estado. Ya pueden sentirse las primeras insinuaciones de los conflictos fundamentalistas a los que se enfrenta la modernidad biotecnológica tardía en las disputas sobre el aborto legal. En la «política del cuerpo» (y su fuerte carga emocional de cuestiones de identidad), en cada encrucijada del camino nos aguardan guerras religiosas entre grupos con estilos de vidas mutuamente conflictivos.

La profesión como acción política

Una de las cuestiones claves será hasta qué punto estos antagonismos repercutirán sobre los guardianes de la racionalidad, los expertos. Después de todo, en las instituciones se plantea la cuestión del poder cuando se formulan alternativas y entran en colisión grupos expertos que compiten sobre cuestiones sustantivas.

Los oficios y profesiones —entendidas como «productos de marca» en el mercado laboral, como competencia titulada y mercantilizada—⁴¹ son los guardianes de una cierta forma de subpolítica normalizada. En estos «modelos laborales», la identidad-personal está vinculada al derecho y la obligación de organizar la materia del trabajo. Los grupos profesionales poseen la inteligencia productiva y el poder de organizar las cosas en la sociedad. Esto puede tener significados diversos. Algunos contribuyen al bienestar público siguiendo una política de pequeños pasos, otros dirigen la salud pública y otros «mejoran el mundo» con la ingeniería genética. El modelo profesional ofrece protección frente a las injusticias del mercado laboral protegiendo las oportunidades de acción estratégica incluso respecto a las empresas, que son las que adquieren la fuerza de trabajo.

Hay un segundo factor vinculado a esto: las profesiones y oficios son focos (posibles) de política burguesa de oposición. Junto con las luchas por lograr seguridad social y legal, el sufragio y el derecho de reunión, este es uno de los centros de resistencia de la individualidad segura de sí. La heterogeneidad de la *intelligentsia*, la variabilidad de sus situaciones, intenciones y puntos de vista, y las continuas disputas internas, el desprecio y falta de consideración que sus miembros

⁴¹ Cfr. U. Beck, M. Brater y H. J. Daheim, *Soziologie der Arbeit und der Berufe*, Reinbek: Rowohlt, 1980.

practican en su trato mutuo son todos ellos factores que hacen de esa *intelligentsia* cualquier cosa menos una «clase» en cualquier sentido políticamente viable del término.

En tercer lugar, las profesiones son *de facto* agentes en una sociedad global de especialistas, y esta supranacionalidad realmente existente les predestina a ser agentes de soluciones globales.

En cuarto lugar, la subpoliticación (reflexiva) de los expertos se desarrolla en la misma medida en que racionalidades y oportunidades de acción alternativas se producen y contrastan dentro de los campos profesionales y expertos.

La tecnocracia termina donde empiezan las alternativas que irrumpen en el proceso tecnoeconómico y lo polarizan. Estas alternativas se hacen básicas y se desarrollan en detalle, se profesionalizan y rentabilizan, fundan carreras, abren mercados, quizá incluso mercados globales. Dividen de este modo el bloque de poder de la economía, posibilitando e imponiendo así nuevos conflictos y constelaciones dentro de y entre instituciones, partidos, grupos de interés y esferas públicas de todo tipo. En la medida en que esto ocurre, y tan pronto como sucede, se tambalea la imagen de la autorreferencialidad indiferente de los sistemas sociales. Los propios sistemas se hacen objeto de organización. Como las clases sociales, los sistemas sociales también se desvanecen a consecuencia de la modernización reflexiva. La continuidad de su existencia pasa a depender de las decisiones y de su legitimación, y se hace por tanto modificable. Las oportunidades de acción alternativa, por lo tanto, supondrán la muerte de los sistemas que dependen de los individuos.

En este contexto desempeña un papel esencial la cuestión de cuán profundamente la actividad alternativa afecta e incluso divide las filas de la racionalidad experta. Hasta ahora, esto era impensable, o por lo menos no era una amenaza concreta. Pero tres condiciones han modificado esta situación: la transición de la cientificación simple a la reflexiva, el problema ecológico y la penetración de orientaciones feministas en las diversas profesiones y ámbitos de la actividad ocupacional.

Cuando las ciencias y disciplina expertas adoptan e iluminan recíprocamente los fundamentos, consecuencias y errores de las demás, en la racionalidad experta se produce el mismo efecto que la cientificación simple causó en la racionalidad del público no científico. Sus deficiencias se hacen evidentes, cuestionables, susceptibles de organización y reorganización. El problema ecológico penetra en todos los

ambitos ocupacionales y se hace sentir en controversias sustantivas sobre métodos, procedimientos de cálculo, normas, planes y rutinas. En cualquier caso, la existencia de fracturas ecológicas en los grupos ocupacionales se convierte en un indicador y baremo esencial de la estabilidad de la sociedad industrial clásica.

Lo mismo puede decirse, en un sentido diferente, de las críticas feministas de la ciencia y las profesiones siempre que no se limiten a la mera denuncia de la exclusión profesional de las mujeres sino que, yendo más lejos, critiquen el monopolio profesional de la racionalidad y la praxis y redefinan y conjuguen la competencia especialista con perspicacia y metodología interprofesional. Y todo ello, además, no de forma individual, sino organizadamente y en grupo.

Así es como se derrumba un ideal. Se supone que los expertos pueden resolver diferencias de opinión mediante sus metodologías y sus normas científicas y técnicas. Basta con que uno lleve a cabo una investigación lo suficientemente prolongada para que los argumentos contrarios queden reducidos al silencio y prevalezca la unidad y la claridad. Pero puede ocurrir exactamente lo contrario. La investigación que va más lejos y estudia cuestiones más difíciles, que tiene en cuenta todas las objeciones y las hace propias, destruye sus propias pretensiones de claridad y monopolio; simultáneamente, aumenta la dependencia de la justificación y la incertidumbre de todos los argumentos.

Es una objeción obvia que todo esto son especulaciones que los duros principios del éxito en el libre mercado dejan a un lado. Después de todo, dirán o esperarán muchos, nos ocupamos de opiniones efímeras, actuamos con acuerdos que pueden revocarse y volver a volver a concertarse y cuyas banderas ondean al aire del clima económico. Una oportuna depresión (con independencia de cuán lamentable pueda ser en sus detalles), combinada con el desempleo masivo que erosiona el meollo y la confianza en sí misma de la población, disipará esos fantasmas y resucitará las viejas pautas de la industrialización clásica como el ave fénix resurgía de sus cenizas.

Esta objeción puede ser válida bajo ciertas condiciones tempranas de la crítica ecológica, pero lo es cada vez menos a medida que la propia economía privada se beneficia de los éxitos y de los peligros que ha creado. Si surgen sectores que basan su existencia y sus mercados en la detección y eliminación de los peligros, la división entre creyentes ortodoxos y reformistas, reformadores, protestantes ecológicos e infieles ecológicos alcanza a los propios centros del poder econó-

mico. Si se instituye el punto de vista de que las soluciones y la competencia e inteligencia ecológica en todos los ámbitos de la sociedad son conformistas, y no sólo en términos de valores, sino también respecto al mercado, a largo plazo incluso en el mercado mundial, entonces se abrirán y profundizarán las trincheras entre ganadores y perdedores en la competición ecológica por la supervivencia (económica). La ecología se convierte en un artículo de éxito, en algo que se vende por sí solo; al menos en forma de disfraz o envoltura ecológica. La resistencia de un amplio sector de la economía y la sociedad se enfrenta a la gran coalición que forma una opinión pública alarmada, los que se benefician de la ecología y los que hacen carrera por cuenta de ella en la industria, la administración, la ciencia y la política. Esto significa, sin embargo, que se abren oportunidades, que la cooperación se hace incierta y es preciso forjar, soportar y combatir coaliciones, lo que a su vez provoca una mayor polarización. Y todo esto acelera el bucle de desintegración del poder institucional.

Junto con la amenaza y la percepción generalizada de la misma, surge un interés sumamente legítimo en prevenirla y eliminarla. La crisis ecológica produce y cultiva una cultura propia de la Cruz Roja. Transforma cosas cotidianas, triviales, insignificantes, en pruebas de valor que permiten exhibiciones de heroísmo. Lejos de intensificar y confirmar la banalidad generalizada de la modernidad, las amenazas ecológicas crean un horizonte semántico sustantivo de contención, prevención y ayuda. Este es un clima y un ambiente moral que se intensifica con la magnitud de la amenaza, en el que el reparto de papeles dramáticos entre héroes y villanos adquiere un nuevo significado cotidiano. Se materializa el mito de Sísifo. Incluso el fatalismo negativo —«nada puede hacerse ya», «todo está perdido»— no es, en última instancia, más que una variante de lo expuesto. Este es el contexto en el que el papel de Casandra puede convertirse en una vocación o una carrera.

El problema ecológico, la percepción del mundo en el sistema de coordenadas de la autoamenaza ecológico-industrial, hace un drama universal de la moralidad, la religión, el fundamentalismo, la desesperanza, la tragedia, el suicidio y la muerte, siempre entreveradas con sus opuestos, la salvación o la ayuda. En este teatro concreto, este drama sostenido, esta cotidiana comedia de horrores, el mundo de los negocios es libre de adoptar el papel de villano y envenenador, o pasarse al papel de héroe y salvador y celebrarlo públicamente. El que esto sirva para algo es otra cuestión. Los escenarios culturales del

problema ecológico modernizan el arcaísmo. Hay aquí dragones y debeladores de dragones, odiseas, dioses y demonios, solo que ahora estos se representan, se dividen, se asignan y vuelven a combinarse con papeles compartidos en todas las esferas de acción: en la política, el derecho, la administración y no en último término en la economía privada. En el problema ecológico, una cultura *pâté de foie gras* post-moderna, hastiada, saturada, sin sentido y fatalista crea para sí misma una tarea hercúlea que actúa como estímulo en cualquier lugar y que divide el mundo de los negocios en *Untergangster* [gángsteres de perdición] y Robin Hoods.

Apoyándonos en Volker von Prittwitz, podemos distinguir dos constelaciones sistemáticas en el conflicto ecológico⁴². La primera constelación es el *bloqueo*, en el que las industrias contaminantes y los grupos afectados se enfrentan entre sí de forma excluyente y espectacular. Esta constelación confrontacional empieza a desplazarse hacia una segunda constelación en la que (a) despiertan los intereses de los salvadores y (b) la coalición de complicidad entre contaminadores y perdedores potenciales se hace frágil. Esto ocurre cuando sectores del mundo de los negocios, pero también de la *intelligentsia* profesional (ingenieros, investigadores, abogados y jueces), adoptan el papel de rescatadores y salvadores, es decir, descubren el problema ecológico como una construcción de poder y mercados, es decir, como una extensión del poder y los mercados. Esto, a su vez, presupone que la sociedad industrial se convierte en una sociedad industrial con mala conciencia, que se interpreta e inculpa a sí misma como sociedad del riesgo. Solo de esa manera pueden desarrollar las industrias y carreras para ayudar y enfrentarse al problema y su heroísmo, que simultáneamente producen y recortan beneficios. Esto presupone que los alternativos abandonan la mera crítica y pasan al asedio del *status quo*. Es preciso descomponer el problema ecológico en otras cuestiones: tecnología, desarrollo, organización de la producción, política de producción, tipo de nutrición, estilos de vida, normas legales, formas administrativas y organizativas, etc.

Solo una sociedad que despierta del pesimismo de la constelación confrontacional y entiende el problema ecológico como un don providencial para la autorreforma universal de la anterior modernidad industrial fatalista puede agotar el potencial de ayuda y papeles heroicos y extraer de ellos la fuerza para no desarrollar un ecologismo

de apariencias a gran escala, sino para garantizar realmente la viabilidad futura. La ecología supera el apoliticismo objetivo de la esfera económica, que se delimita en sus culpas, que puede delimitarse de arriba abajo, hasta sus gestores, en la personalidad e identidad de las personas en todos los niveles de acción. Esta delimitación y susceptibilidad de división entre pecadores y absueltos de pecado permite un «comercio político de indulgencias» y devuelve a la política los instrumentos de poder de la «jurisdicción y abuso de jurisdicción papal», la exhibición y autocastigo público de los grandes pecadores industriales, incluyendo los instrumentos de tortura pública de una «inquisición ecológica». La mayoría de los políticos titubea a la hora de actuar así en su ansia por mostrarse a la altura de las expectativas públicas. Los nadadores contracorriente profesionales del movimiento ecológico parecen carecer del carisma y del realismo político para ser ellos mismos quienes extraigan estos instrumentos de la caja de herramientas políticas.

⁴² V. von Prittwitz, *Das Katastrophen-Paradox*, Opladen: Buddrich, 1990.